

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
VICTORIA OCAMPO

ABRIL DE 1947

AÑO XVI

BUENOS AIRES

S U M A R I O

FRANCISCO ROMERO

UNIR Y SEPARAR

SILVINA OCAMPO

DIÁLOGO DE LA DIOSA

VICTORIA KENT

CUATRO AÑOS EN PARÍS

J. R. WILCOCK

DEL ESTÍO

N O T A S

María Zambrano: A propósito de la "Grandeza y servidumbre de la mujer" ☆ *Mika Etchebehere*: Itinerario de post-guerra ☆ LIBROS ☆ *Ezequiel Martínez Estrada*: "Sarmiento", por *Francisco Ayala*, ☆ *Gustave Doret*: "Temps et contre-temps", por *Daniel Devoto* ☆ *Giovanni Schiaparelli*: La astronomía en el Antiguo Testamento", *Philipp Frank*: "Entre la física y la filosofía", *Emile Borel*: "El azar", por J. B. ☆ *André Gide*: "Thésée", por *Patricio Canto* ☆ *Jean Massin*: Baudelaire entre Dieu et Satan", por *Rosa Chacel* ☆ *Guillermo de Torre*: "Guillaume Apollinaire", por *Carlos Mastronardi*.

U N I R Y S E P A R A R

Dos seres de distinto sexo se unen; luego, algo que en uno de ellos se origina y crece como parte suya, termina por separarse y erigirse en un ser nuevo y diferente. Nacemos de una unión y de una separación; mediante esas dos operaciones somos engendrados y lanzados al mundo. Aparecemos bajo ese doble signo, y semejaría que se imprimiera en nuestra naturaleza como un mandato y una fatal limitación. Porque no está en nuestras posibilidades hacer otra cosa. Con las manos o con la mente, sólo dos operaciones se hallan a nuestro alcance: unir y separar.

Nuestra acción física, la que realizamos por efectiva operación corporal, se reduce a uniones y separaciones, se descompone en ellas en última instancia. Intervenimos materialmente en la realidad mediante un sistema de palancas —los huesos— movido por la energía muscular. Nuestra voluntad ordena al músculo que se encoja o se alargue, es decir, que sus extremos tiendan a unirse o a separarse. Esto es todo. Las palancas óseas obedecen a los músculos, acercándose a un punto o alejándose de él, ejerciendo esfuerzos de presión o tracción, que no son sino consecuencias de la aproximación y del alejamiento.

De arriba abajo, de lo ínfimo y despreciable a lo encumbrado y sublime, si nuestro impulso se actualiza en el mundo externo como efectiva ingerencia en él, no es sino mediante uniones y apartamientos. El malandrín habitual, el miserable hambriento conducen su mano a la cartera del transeúnte descuidado, la aprisionan uniendo sus dedos alrededor de ella, procuran que se aleje de su dueño legítimo y se acerque a ellos. El asesino busca juntar la punta de su puñal al corazón de su víctima, para producir en los tejidos de la víscera una separación mortal. En la cordialidad y en el amor, se procura la cercanía, se juntan las manos amigables y los labios enamorados. En la aversión, nos alejamos de la persona que nos desagrada, y en las crisis del odio violento, nos acercamos hostilmente a nuestro enemigo y juntamos nuestros puños a su rostro. En la tragedia imprevista, el salvador se acerca primero al que se debate entre las llamas del incendio o las olas del mar, lo ase rodeándolo con sus brazos, se aleja luego a lugar seguro con el cuerpo rescatado. En nada de todo esto hay más que aproximaciones y distanciamientos.

Toda la industria humana, desde sus comienzos infrahumanos, se dilata desde el primer rescoldo que consiguió encender o preservar la bestia temerosa de que procedemos, hasta el descubrimiento de la bomba atómica; desde el primer incendio molecular hasta el pavoroso incendio atómico de Hiroshima. Ya en el mito, Prometeo no hace sino juntar a sí y a los hombres la llama hasta entonces remota. Pero el primer Prometeo de la realidad no hizo cosa muy diferente. Uniendo lo separado es como se ha seguido obteniendo el fuego: al recoger en la yesca la chispa producida por el choque del eslabón con el pedernal, o al

frotar el fósforo con la superficie rugosa, o al apretar el resorte del encendedor. Mediante el recurso de las adecuadas uniones y separaciones han llegado también los físicos a provocar el incendio atómico.

Toda modificación que introducimos en nuestro contorno, toda producción de cosas ocurren mediante actos de unir y separar. Por ahora me refiero únicamente a los hechos espaciales, a los modos y aspectos materiales de la acción; después examinaré los actos psíquicos que los informan, y que por cierto muestran con ellos una semejanza sorprendente: "Was innen ist, ist aussen", decía Goethe. Para empezar por el principio, sin mayores rebuscas, recordemos los actos inteligentes primarios de los antropoides estudiados por Köhler. Los experimentos consistían en todos los casos en proponer un fin y ver cómo lo alcanzaba el animal, cómo se ingeniaba para llegar a él: en resumen, por lo tanto, un acto de unir. En lo particular, cuando se trataba de investigar la capacidad para el empleo de instrumentos existentes, este empleo se reducía a la disposición y manejo por el animal del instrumento, como nexo entre él y el objetivo; cuando se trataba de la construcción de instrumentos, todo se limitaba, por parte del animal, a arrancar algo de su estado y situación natural, acaso modificarlo suprimiendo algunas de sus partes, e incluirlo en la situación definida por el objetivo sugerido en el experimento. En el hombre se repiten a cada instante estas situaciones elementales y se presentan otras de mucha mayor complejidad, pero no de distinta índole. La mayor parte de nuestras intervenciones ocurren por la mano, directamente o por el manejo de instrumentos; la mano es un sistema de palancas y no puede producir sino acciones mecánicas, uniones y separaciones: lo que no es en sí resultado mecánico es

algo suscitado por el acto mecánico. El labrador abre la tierra con su arado, la separa para juntar a ella íntimamente el grano. El panadero une la harina, el agua y la levadura, y luego aproxima todo eso al fuego. El herrero, el carpintero, el zapatero, no hacen sino juntar elementos materiales según cierto plan. En las industrias de más elevada y difícil técnica no ocurre otra cosa; no hay sino uniones y separaciones, asociaciones y disociaciones.

Claro que, en el fondo, hay mucho, muchísimo más. El pan no es meramente la mezcla calentada de la harina, el agua y la levadura. Salvo los casos elementales, en los cuales con las uniones y separaciones termina todo, la unión y la separación proporcionan *la oportunidad* para que sucedan ocultos y variadísimos procesos que son los que en realidad conducen al resultado perseguido. Pero esos procesos no los producimos nosotros, aunque los desencadenamos; sólo producimos *las circunstancias* necesarias para que el proceso profundo se realice, y esas circunstancias son todas de carácter mecánico, uniones y separaciones. No está en nuestra mano realizar una combinación química, hacer germinar una semilla, mejorar una especie animal útil, detener o atenuar el curso de una enfermedad; sólo nos es dado combinar —mecánicamente— las situaciones adecuadas para que se inicien y prosigan las operaciones indispensables para que esos resultados sean obtenidos. Producimos, pues, en el orden de las cosas, de dos maneras: propia o directamente, e impropia o indirectamente. Directamente, sólo producimos efectos mecánicos, porque únicamente disponemos de medios mecánicos, dependientes a la corta o a la larga de la acción muscular; por ejemplo, trasladamos cosas, las reunimos y distanciamos, las rompemos y recons-

truímos, forjamos cosas nuevas por agregación y ensamblamiento de partes. Todos los efectos ajenos al plano mecánico que somos capaces de lograr, los conseguimos impropia o indirectamente, por la mediación del recurso mecánico. Conocemos, por experiencia empírica o por lúcido saber científico, las condiciones indispensables para que trabajen ciertas fuerzas naturales sobre las cuales no ejercemos dominio inmediato, y preparamos esas condiciones, que en cuanto posibles para nosotros no son sino uniones y separaciones. Así nos conducimos en la vida corriente, en los habituales menesteres de cada momento; así proceden el artesano, el labrador, el criador de ganados, el metalúrgico, el químico puro en su laboratorio y el químico industrial en su fábrica, el médico. Cada uno de ellos no hace sino aplicar una rama diferente del arte universal del unir y separar.

Desde el Renacimiento, el pensamiento de Occidente se ha dedicado con tenaz empeño a elaborar una concepción racional y científica de la realidad. Descartadas las potencias misteriosas, las cualidades ocultas, lo vago y oscuro, la primera y capital exigencia metódica parecía consistir en la aplicación omnímoda del principio de lo claro y lo distinto. Así creció desde Galileo el prestigio de la mecánica y su sentido de esquema general para la interpretación del universo, ante todo en su faz física, pero, ya desde Hobbes, con manifiesta propensión a convertirse en sistema capaz de incluir toda suerte de realidad. El imperativo de racionalidad estricta es sin duda predominante en esta concepción, de admirable limpidez y coherencia lógica; creo también que el motivo de la inmanentización, latente en la demanda racionalista, es esencial, y así

lo he expuesto en algunos trabajos míos¹. Pero en el seguido desarrollo de la concepción mecanicista, imperante hasta hace pocos decenios, probablemente interviene además la condición mecánica de nuestro poder sobre la realidad, la imposibilidad en que nos hallamos de obrar sobre las cosas de otro modo que por uniones y separaciones, sea cual fuere el tipo de modificación que pretendamos introducir o suscitar en ellas: alteración puramente mecánica, física, química o biológica. Existe patente correspondencia y similitud entre las tesis del mecanicismo y nuestra situación en cuanto seres operantes sobre las cosas. El mecanicismo reduce toda energía natural a la energía de movimiento, reconduce todo hecho a un hecho de movimiento o a una especial distribución de la materia, esto es, a maneras de unión y desunión. Supone que el único hecho que es verdaderamente como se manifiesta es el hecho mecánico visible, el movimiento que advertimos; los restantes fenómenos: ópticos, acústicos, térmicos, etc., son aparienciales en su aspecto perceptible y sólo reales en cuanto hechos de movimiento. Hay, pues, un fondo último y verdadero en la realidad, consistente en masas y movimientos, y un sinnúmero de apariencias, de manifestaciones sensibles, engañosas, cuya heterogénea índole encubre la realidad única y homogénea de la masa y el movimiento; las distintas ordenaciones de la masa y las varias formas del movimiento fingen, a través de nuestra organización psico-física, todos los fenómenos percibidos como no mecánicos. Esta interpretación parecería calcada sobre nuestra efectiva postura ante la realidad. Porque, así como en esa interpretación todo hecho físico se reconduce a un

¹ Ver sobre todo "Programa de una filosofía", en mi libro *Papeles para una filosofía*, Losada, Buenos Aires, 1945.

hecho mecánico, así en nuestra conducta práctica el hecho mecánico —el unir y separar— es lo único inmediato y originario, y todo suceso no mecánico es producido por intermedio de las mecánicas operaciones de unión y desunión. El mecanicismo, al verle arrebatadas sus mayores prerrogativas por la nueva física, ha debido renunciar ya a la grandiosa ambición de ser la omnicomprendiva doctrina racional de la realidad. Pero no lo ha perdido todo. Si no es fiel transcripción del oculto ser de las cosas, sigue siendo imagen o reflejo de nuestro poder sobre ellas. No será verdad que todo fenómeno físico es la expresión perceptible de un suceso de movimiento; es cierto, en cambio, que, desde el punto de vista de la acción, la producción de cualquier hecho por el hombre se cifra en un hecho mecánico. Desposeída de su primacía en el reino del ser, la mecánica la mantiene en el ámbito de nuestro poder.

Si de esto proviene aquello, si las exigencias racionales, inspiradoras de la versión mecánica de la realidad, se han constituido genéticamente sobre el modelo de nuestro hacer, por la suprema evidencia de los actos de unir y separar, y aun por el poder de convicción de lo concretamente realizado, es asunto que debo dejar intacto por ahora. Sobrepasaría las intenciones de este ensayo, que no son sino mostrar la significación del unir y del separar en la actividad del hombre, en los distintos órdenes de su conducta.

Dejemos el terreno de la acción material, sobre el cual se han movido las reflexiones anteriores, y pasemos al plano de lo anímico. El hacer espiritual ocurre en el conocimiento, en la creación artística y en las faenas concernientes a la interrelación humana.

Las actividades cognoscitivas secretas o subterráneas, indagadas por la teoría del conocimiento, las que nos dan los objetos y las grandes estructuras de la realidad en cuanto algo ajeno a nosotros y existente por sí, no pertenecen en rigor a la esfera de nuestro poder o de nuestro hacer, porque son independientes de nuestra voluntad y hasta escapan a nuestra inmediata conciencia. Sólo llegamos a ellas por la reflexión, la deducción y la inducción, sentando hipótesis más o menos seguras, según los casos y los métodos elegidos. Piénsese, por ejemplo, en la investigación de la conciencia trascendental en Kant o en Husserl. Tales manipulaciones ocultas del conocimiento, manifestaciones de nuestro ser más profundo, efectuadas sin designio voluntario y aun a pesar nuestro, poco tienen que ver con nuestro poder en sentido estricto. Lo mismo corresponde decir del saber espontáneo por comprensión, tal como lo estudia la gnoseología de lo social-histórico a partir de Dilthey.

Son, en cambio, funciones pertenecientes a la órbita de nuestro poder en la zona del conocimiento la conceptuación, la ideación esencial, el juicio y toda teorización. Y no habrá dificultad en mostrar que estas operaciones intelectuales se descomponen en actos de unir y separar.

Los conceptos empíricos, constituídos mediante la comparación de los objetos afines, nacen por la reunión de todas las notas comunes a los objetos en cuestión y el cuidadoso apartamiento de aquellas otras notas que no aparecen en todos. La experiencia fáctica, la observación nos dice cuáles notas convienen a todos los objetos de la especie y cuáles no. Creado el concepto, frecuentemente es enriquecido con una nota general nueva, no advertida antes, y también puede ser eliminada en él una nota, al reconocerse, por el hallazgo de objetos del mismo grupo.

carentes de ella, que no es común a todos. Para los antiguos, el concepto de materia no incluía la referencia a la pesantez, porque no todos los cuerpos caen en todo los casos, y el concepto de cisne comprendía la nota de blancura; después se agregó al concepto de materia la pesantez como nota general, y se restó la de blancura en el concepto de cisne, cuando se conocieron los cisnes negros de Australia. Tanto en la elaboración como en las modificaciones sucesivas de los conceptos, no operan sino uniones y separaciones.

Del concepto empírico, representante de grupos más o menos adventicios, debe distinguirse la esencia, estructura ideal del objeto, conjunto de las notas que lo definen como tal. En la esencia entran sólo las notas necesarias o "esenciales" del objeto, aquellas sin las cuales el objeto no podría ser lo que es. Todo lo accidental y contingente queda fuera de la esencia, y también la existencia, el aquí y ahora del objeto, su concreta efectividad. La esencia no se construye por comparación de ejemplares múltiples, como el concepto empírico, sino que se aprehende por intuición en un solo objeto, y una vez intuída, vale como un universal para todos los objetos de la misma especie estricta, esto es, para cuantos participan de idéntica contextura esencial. Los conceptos y esencias son los materiales con los cuales pensamos. En la formación del concepto preponderan los actos de unir, en cuanto es síntesis de las notas comunes a muchos objetos; en la captación de la esencia es más importante la actividad separadora, porque lo necesario o esencial y lo accidental y contingente se nos dan juntos en la complejidad del objeto, y la intuición ideal debe descubrir y retener lo primero y rechazar lo segundo, aprehender el núcleo necesario despojándolo de lo caedizo y accesorio.

El juicio, pieza principal de todo conocimiento, es sin disputa un acto unitivo. En los casos límite, en los juicios de identidad, en los determinativos, en las definiciones, la unificación llega a ser una identificación. Pero el juicio supone ya actos separadores o discriminadores. Si digo: "la pared es blanca", es porque en un único dato complejo, la pared blanca, la pared con su blancura, he distinguido las dos partes o modos del complejo que de momento me interesan, el todo de la pared excepto su blancura por un lado, la blancura de la pared por el otro. Esta separación no es arbitraria ni me ha sido propuesta por la naturaleza del dato, sino que responde a una especial intención mía y se cumple voluntariamente. Porque en la pared hay innumerables notas: su composición material, la magnitud de sus tres dimensiones, su peso, su resistencia, su papel y localización en el edificio, sus aberturas, etc., y de todas ellas no aísló sino la cualidad de ser blanca, y dejo reunidos e indivisos todos sus restantes modos, partes, cualidades y relaciones. He realizado, por tanto, un análisis abstractivo y preferencial, que me prepara y ofrece los elementos del juicio, o bien puedo imaginar que es el juicio mismo el que, primariamente, realiza esa separación. Separados los dos elementos, reconstituyo predicativamente la unidad, asevero la unidad de ambos, pero ahora como consciente y reconocida por mí: "la pared es blanca". La blancura estaba naturalmente unida de antemano a la pared percibida; intencionalmente la aparto de ella para volverla a unir también intencionalmente. Mediante una separación y una unión he llegado a juzgar, esto es, he conocido con plenitud —según el criterio de la verdad o falsedad de lo aseverado— la situación que me importaba.

Los actos de unir y separar son, pues, determinantes y constitutivos en el juicio. Si el juicio es de los llamados analíticos, analizo el concepto sujeto y extraigo de él —separo de él— el elemento que pasaré a atribuirle en la unión predicativa. Si el juicio es de los denominados sintéticos *a posteriori* o de experiencia, la diferencia con el anterior radica en que, en vez de analizar el concepto sujeto y aislar algo en él, analizo la situación objetiva dada y de ella saco el elemento que le uniré por predicación. En los juicios sintéticos *a priori*, descubro una relación o consecuencia necesaria al contemplar intelectualmente la situación dada, y la uno como predicado a esa situación; no corresponde discutir aquí los pormenores del asunto ni sus diversos planteos. Hallo, por ejemplo, que la consideración pura y racional de la materia, de la esencia universal de la materia, me muestra como inseparable de ella la nota de extensión, sin que deba comprobarlo en el examen particular de muchos pedazos y tipos de materia, y afirmo: “toda materia es extensa”.

Podría argüirse que el juicio no es mera unión, sino unión predicativa o aseverativa, porque la cópula conecta de un modo especial en virtud de su función enunciativa. Pero ello no supone dificultad desde el punto de vista de estas anotaciones. En efecto, lo único sostenido en ellas es que el efectivo poder del hombre —el poder conforme a designio— sólo se manifiesta en operaciones unitivas y separativas, sin capacidad de ir más lejos. Y estas operaciones pueden ser de muy varia índole, sin que el supuesto se invalide, siempre que las índoles diferentes sean especies de la unión y la separación. La unión enunciativa es un modo particular de unión; acaso sea una unión complicada con otro

acto suplementario por el cual se agrega el reconocimiento de que lo expuesto en la tesis es así.

Las estructuras superiores al juicio aislado, tanto los silogismos como las teorizaciones de vasto desarrollo, no son sino complejos de juicios organizados según ciertos requisitos. Para todas, por lo tanto, vale lo dicho, ya que no hay en ellas sino juicios unidos entre sí. El examen de los procesos inductivos revela lo mismo: la inducción es una forma especial de análisis de los fenómenos —de separación material o ideal de sus elementos— para reunir luego en la ley las relaciones entre aquellos elementos que se nos manifiestan mutua y constantemente condicionados, esto es, funcionalmente unidos. Todo se reduce, pues, a descubrir ciertas uniones funcionales —apartando lo que más o menos accidentalmente las circunda— para expresarlas reunidas en una proposición legal. En cuanto al método estadístico, empleado antes casi con exclusividad en las ciencias sociales y ahora de continua aplicación en la física, no pasa de recolectar casos y clasificarlos, y relacionarlos después —unirlos de cierta manera— con una determinada instancia, para establecer leyes de probabilidad. Si sobre cien nacimientos, por ejemplo, tantos son de varones y tantos de mujeres, el nacimiento de un varón goza de tal probabilidad. Se advierte que no se manejan sino uniones y separaciones.

Otros casos o recursos en el orden del conocimiento tampoco presentan excepciones a la regla sentada. El investigador, se dirá, antes de experimentar y de razonar metódicamente, sospecha o adivina la verdad en muchas ocasiones, o por lo menos debe presuponerla —en la hipótesis— para inquirir en determinada dirección; sin una orientación pre-

via, la investigación resultaría impracticable. Todo ello es cierto. Pero la suposición del investigador, o es arbitraria y sin fundamento alguno, o brota de la recapitulación vivida de sus anteriores pruebas venturosas, de su frecuentación de hechos afines; deriva de un tacto o sentido profesional para anticipar con mayor o menor verosimilitud lo aún no comprobado en función de lo ya conocido, cuando no es la utilización franca de un razonamiento por analogía; por lo tanto, es la aplicación inconsciente de un saber asimilado, o bien el traslado directo de las antiguas experiencias a las averiguaciones en trámite, y no difiere en el fondo de los modos normales de conocimiento. Si, abandonando el terreno del saber inmediato y del científico, saltamos al saber metafísico, hallaremos lo mismo. La intuición bergsoniana —para elegir un solo ejemplo, el aparentemente más extraño al recurso del unir y del separar— no escapa a la regla. Esa intuición consiste, como es sabido, en acompañar simpáticamente la marcha espontánea del objeto, en unirnos en cierto modo a él o introducirnos en su seno, para aprehender su ser intransferible y único, aquello que lo distingue e inefablemente lo singulariza, dejando de lado las generalizaciones y relaciones en las cuales se agota el conocimiento intelectual, incapaz, según Bergson, de llegar al meollo vivo de la realidad. Lo capital aquí en cuanto actividad del sujeto cognoscente, lo que en propiedad le pertenece como efectiva posibilidad y acción suya, es el designio y el acto de unirse al objeto; lo restante es más bien pasividad y recepción.

Trasladémonos a la zona de las artes. De antemano puede darse por segura la protesta de muchos contra la tesis de que la producción

artística se limite a una serie de actos de unir y separar. En rigor sin embargo, así es, pero ello no obsta al auténtico sentido de creación que hay en toda verdadera realización artística.

Distingamos, ante todo, entre creación y producción. Llamo creación a la génesis de la obra de arte en el alma del artista, y producción, a la realización concreta y externa mediante la cual la obra de arte adquiere relieve y consistencia, y se convierte en apta para ser conocida y gustada por muchos. Los dos momentos hacen la obra de arte, pero sólo si se cumple el segundo hay obra de arte cabal y verdadera. Porque la obra de arte, por su esencia, pertenece al reino de la cultura objetiva, a la galería de formas o entes creados por el espíritu humano y dotados, a partir de su producción, de vida propia, de una notable autonomía frente al respectivo productor. Si denominamos creación —un poco arbitrariamente y por razones de comodidad— a la operación mediante la cual la obra de arte se engendra en el ánimo del artista, es evidente que si no se pasa de aquí no habrá verdadera obra de arte, sino un mero suceso en la vida interior de alguien, un acaecimiento personal sin la menor significación extraindividual y externa, y ello aunque concurren las dotes soberanas del genio. En cambio, un calco, una copia, una imitación habilidosa, una fabricación conforme a receta, una vez producidos, realizados, suelen reclamar un puesto en el campo de las artes y aun obtenerlo, porque ostentan la condición elemental o primaria de la objetividad, de la existencia autónoma, y fingen con diversa fortuna los demás requisitos configuradores de la obra de arte. Siempre será ridícula e insostenible la pretensión a la dignidad artística del poema nunca escrito ni pronunciado, del cuadro no pintado ni esbozado siquiera, aunque nos conste

la capacidad de los presuntos autores y consintamos en creer que los tienen *in mente*. Mucho menos absurda resultará idéntica pretensión por parte de un conjunto de palabras pueril o ininteligible, o de unos cuantos borrones confusos, porque, por lo menos, están ahí, y acaso no falte quien vea en ellos muestras de un arte recóndito o adelantos de un arte futuro. La discriminación entre lo que merece o no merece ser comprendido bajo la categoría de arte sólo cabe realizarla entre las creaciones realizadas, entre lo ya producido y dotado de las condiciones de objetividad y exterioridad.

Esta faena de la producción, por oficio de la cual lanza al mundo el artista su obra, se resuelve en los consabidos actos del unir y separar. El poeta, el novelista unen palabras en frases, frases en estrofas o períodos, estrofas o períodos en poemas o capítulos y éstos después en libros; el pintor une colores entre sí y todos al lienzo; el escultor separa fragmentos del bloque marmóreo o junta de especial manera la arcilla informe; el músico asocia sonidos. La inevitable exterioridad de la obra artística trae consigo la forzosa materialidad de la sustancia con la cual ha de ser plasmada, y esta sustancia material no la crea el hombre, ya que crearla sería sacarla de la nada. Sólo le es concedido conformarla sobre la pauta de sus fines en apropiadas uniones y separaciones, con estudiada selección y distribución. Y, desde otro punto de vista, la realización artística supone otro acto de unión o aproximación de índole más general: la unión por paralelismo o correspondencia entre la creación íntima y su externa realización, o, dicho de otro modo, la organización de lo realizado de tal manera que coincida y se superponga a lo

elaborado en su fuero interior por el artista, para que todo lo ideado, la creación pura, se albergue en la creación materializada u objetiva.

Resta agregar unas palabras sucintas sobre el hacer social, el que se ocupa en estatuir normas o leyes, en forjar instituciones o regímenes de convivencia, en influir sobre los individuos o las masas. El gran instrumento en este hacer es el verbal: la expresión oral o escrita que traduce la súplica, el consejo, la incitación, la convicción propia en trance de suscitar la ajena, la amenaza, el mandato imperativo. Palabras, frases, períodos: uniones y desuniones de los términos registrados en el diccionario. También funcionan otros tipos de uniones y desuniones. Se reúnen las opiniones de una mayoría en un congreso, para dictar una ley; se coleccionan datos biológicos, psicológicos y sociales, y aproximándolos a propósitos, fines o valores, se trazan doctrinas y programas políticos, sociales, económicos o pedagógicos. Se procura reunir o separar a los hombres, espiritual o corporalmente, en movimientos de opinión, en grupos y partidos, en las asambleas, en la pugna de los combates. En el premio, se pone la condecoración sobre el pecho del héroe o el trofeo deportivo en las manos del atleta vencedor; en el castigo, se aparta al culpado de la sociedad y se lo junta con otros delincuentes tras las rejas de la prisión.

El efectivo hacer, en resumen, desemboca siempre en actos de unir y desunir. Ni nuestra voluntad puede decidir otra cosa, ni nuestro cuerpo, por el cual nuestra voluntad se manifiesta hacia afuera, es capaz de otro linaje de acciones en cuanto agente de esa voluntad. Tampoco

puede hacer otra cosa nuestra inteligencia en cuanto conjunto de actos. Queda así definido y delimitado con rigor el campo y el procedimiento de nuestro poder, del que realmente poseemos y ejercemos.

Nuestra acción, como ya se ha indicado, tiene sin duda un alcance mucho más vasto y consecuencias de otros órdenes muy diversos. Pero esos otros resultados se logran por el recurso único de las uniones y separaciones. Como se dijo antes, nuestra acción inmediata es sólo de ese tipo, aunque en muchos casos y de manera mediata llegue a ser de otra clase muy distinta. Somos capaces, es cierto, de obtener agua sintéticamente por la combinación del oxígeno y del hidrógeno; pero lo que producimos en rigor nosotros es la unión de los dos cuerpos, y esa unión, de consuno con las circunstancias y propiedades de los cuerpos reunidos, da lugar a que *misteriosamente* resulte el agua. Este ejemplo es importante, aunque parezca tan trivial, porque sirve de modelo o patrón para todas aquellas actividades nuestras cuyo resultado trasciende el puro efecto mecánico. No me parece necesario insistir en lo concerniente al plano de la acción física. Pero deseo subrayar desde ahora lo de *misteriosamente*. La órbita de nuestra acción efectiva —uniones y desuniones— parece coincidir con la de la clara inteligibilidad, con la de la *ratio* estricta: más allá se extiende la zona ilimitada del misterio.

El conocimiento, desde luego, no se reduce a resultados unitivos y separativos; ni por un instante se ha sostenido eso en estas páginas. Por la percepción, por la teorización, por la llamada “comprensión”, penetran en nosotros y nos asimilamos cognoscitivamente complicadas estructuras que en su trama, sustancia, organización y calidades distan mucho de responder al sencillo esquema de las uniones y separaciones. Nosotros

mismos, enriquecidos con el conocimiento, alcanzamos acaso por ventura la cima de la sabiduría, y ese ennoblecimiento del ánimo no se deja computar en el cálculo elemental de las adiciones y sustracciones. Pero los actos provenientes de nuestra voluntad no pasan de ser, de primera intención, sino reuniones y apartamientos. En la percepción, por ejemplo; somos capaces activamente de atender o de no atender, que son maneras de la unión y desunión; podemos abrir o cerrar los ojos, mirar en esta o en aquella dirección, concentrar nuestros esfuerzos o dejar que se dispersen, etc. La percepción en sí, con su alquimia maravillosa, ocurre por su cuenta; es operación cognoscitiva de nuestro ser que escapa a nuestro real poder: ocurre misteriosamente. Lo mismo ha de decirse de cualquier otra función o especie de conocimiento.

De manera semejante sucede en el arte, aun en los procesos secretos de la creación, no tenidos en cuenta anteriormente. El poeta dramático, el novelista resuelven crear un determinado personaje y producen en sí las condiciones adecuadas para tal creación. Acuden entonces a la concentración y a la meditación, acaso a la documentación minuciosa, quizás al estímulo del tabaco o del café: todo ello no pasa, no puede pasar del unir y desunir, como en el caso del oxígeno y del hidrógeno, que el químico suma y que por su propia cuenta se combinan. La síntesis original que es el personaje vivo no la hace el artista; se le hace en su interior, misteriosamente, como el hijo en la entraña materna. Tanto si prepondera la voluntad de crear, como si la creación brota involuntaria y como por interior necesidad, la situación es idéntica en el fondo. En el primer caso hay como una pertinaz evocación, en el segundo la aparición se presenta sin ser solicitada; en ambos casos la creación es como un

regalo — un regalo que, como todos los grandes dones, sólo es recibido por quien se lo merece. Tras producir en sí las condiciones propicias, el artista no tiene sino que esperar primero y agradecer después.

Hay dos métodos primarios y universales, base y origen de todos los demás: el análisis y la síntesis; es decir, el método de las separaciones y el de las uniones. No son sólo métodos del conocimiento, como se los considera de ordinario, sino verdaderos métodos generales. Toda técnica se reduce a ellos, porque no existen otras posibilidades técnicas para el hombre.

La experiencia inmemorial nos enseña que el análisis no es mera separación de partes, sino además en muchos casos destrucción de algo, y que, parejamente, la síntesis no siempre es puro agregado, sino también aparición de algo nuevo y con frecuencia inesperado. Sin embargo, durante larguísimo tiempo se ha pretendido que en la profundidad última de las cosas no había sino agregados literalmente iguales a la suma de sus partes. El pensamiento científico y filosófico despreciaba la novedad sintética, pasaba por alto la destrucción analítica. Una de las mayores conquistas de la filosofía y la ciencia recientes ha consistido sencillamente en esto: en tomar en serio el antiquísimo informe de la experiencia cotidiana de que los componentes y el compuesto no se equivalen.

Ya fué un gran triunfo someter la realidad a un examen riguroso según el método del análisis y la síntesis literales — esto es, en la convicción de que la descomposición y la recomposición suceden sin residuo, sin destrucción por un lado, sin novedad por el otro. El método era incompleto y hasta equivocado en muchedumbre de casos y situaciones;

pero era un método racional y venía a desterrar un sinfín de imaginaciones arbitrarias. Muchos fantasmas del pasado se volatilizaron ante la resuelta decisión de descomponer y recomponer intelectualmente la máquina del mundo. Probablemente es éste uno de los capitales resortes de la mente moderna y una de sus más caras y firmes creencias, uno de los ejes de la concepción moderna del mundo. Quizás su raíz sea un ingenuo antropologismo: de que no podemos efectivamente realizar sino uniones y separaciones, se pasa a suponer que efectivamente no hay sino eso en la realidad. Pero sabemos cada vez más y mejor que nuestra acción unitivo-separativa se prolonga en infinitas consecuencias de otro jaez, así en nuestro manejo de las cosas físicas como en todo lo demás; y la realidad nos convence a cada paso de que rebasa de muchas maneras el esquema mecánico. La conclusión para el conocimiento suena así: la realidad no funciona exclusiva ni siquiera principalmente mediante el régimen de uniones y desuniones; por lo tanto, el análisis y la síntesis literales —o sea con presuposición de equivalencia entre las partes y el todo— resulta insuficiente en el saber. El problema del método debe ser planteado de nuevo. No se caiga en la vana tentación de buscar métodos nuevos, porque un método consiste en una serie de actos voluntarios, y como no hay otros que los de unir y separar, no hay otro método fundamental que el del análisis y la síntesis. El nuevo planteo metódico será, pues, una reforma en un sentido preciso: tomando en cuenta lo que hay en el análisis de destrucción y lo nuevo que surge en cada composición sintética. Entre el todo y su descomposición analítica, entre los elementos y el todo resultante, hay por lo regular un intervalo, un salto: algo, respectivamente, que se pierde o que se gana. Determinar la

índole, para cada sector de la realidad, de ese salto es uno de los temas más apasionantes y considerables del pensamiento actual. Quien disponga ordenadamente el asunto y proporcione sobre él sistemáticamente las primeras precisiones, tendrá derecho a titular su trabajo: *Nuevo Discurso del Método*¹.

FRANCISCO ROMERO

¹ He redactado estas páginas sobre notas que vengo reuniendo desde tiempo atrás; no las he utilizado todas, unas para no alargar excesivamente el texto y otras porque no estaban maduras. Entre los puntos dejados a un lado figuran éstos: examen de la genialidad sintética y de la analítica; examen de la inteligibilidad estricta en función de las uniones y separaciones, con aproximación a mi tesis de la estrecha relación entre inteligibilidad e inmanencia; delimitación de la esfera del poder dentro de la total del ser, y, desde luego, el desarrollo de mucho de lo dicho con más abundantes razones y pruebas.

DIÁLOGO DE LA DIOSA

— Di quién no supo adivinar, Mentira,
el rostro que en tu velo se ha escondido,
y quién a tu aposento no ha acudido
como un enamorado que delira.

— Aquel que no perdió en mis callejones
las horas predilectas del amor
y no conoce el ávido esplendor
que deslumbra al que vive en mis mansiones.

— Y aquel que no ha esperado, atenta Diosa,
vengarse un día de la providencia
y buscando el olvido con vehemencia,
no dejó entre tus pechos una rosa.
y al mirarte con dulce autoridad
quién no te confundió con la Verdad
En los tenues paseos del poniente,
no te ofrendó el amor solemnemente.

En tus vestidos, largos, recamados,
quién no vió aparecer por un instante
los destellos de un cóncavo diamante
y un imperio en tus labios admirados.

— El que no ha conocido en mi ventana
el cielo gris de una ciudad sombría
y no dijo “Qué larga es la agonía
en tus labios variados, cortesana.”

— Quién, dime quién, no acarició los lazos
que forman tus collares de azucena
y te ignoró, hierática sirena,
sin ver la huella ubicua de tus pasos.

— El que no oyó jamás aquella oscura
voz con secretos crueles como insultos,
y en los altares de oro los tumultos
de la ardiente oración de mi locura.

— Para ocultar los celos, y la ira
debajo de tus mantos vacilantes
acuden a tus brazos los amantes,
oh religiosa, intrépida Mentira.

Eres como un espejo donde el ansia
desventurada cree que halla sus alas
y se pierde en tus reinos y en tus salas
y en tu flora de triste exuberancia.

Quién no quiso en las sombras ultimarte
y perecer te vió y te vió en las brisas
renacer como el Fénix, de cenizas.
Quién no quiso y no pudo abandonarte.

— El que no vió en mis torres elevadas
por la luz estridente de mi suerte
la pálida amenaza de la muerte
en mis habitaciones olvidadas.

— Orgullosa Mentira, ya tu historia
es más larga que el mundo; y la riqueza
que en tu falda intranquila siempre pesa
acecha a la Verdad en la memoria.

Hidra verde teñida de dorado,
te conozco mejor que a mi conciencia.
Vete monstruo que guías la inocencia
a un ambicioso abismo desolado.

Un numeroso mundo desvalido
con tus armas pretendes defender.
Es mejor estar ciego que entrever
todo lo que en tu gruta has escondido.

SILVINA OCAMPO

CUATRO AÑOS EN PARÍS

(FRAGMENTO)

Yo quiero no olvidar todo lo que hoy sé. Que otros hagan la Historia y cuenten lo que quieran; lo que yo quiero es no olvidar, y como nuestra capacidad de olvido lo digiere todo, lo tritura todo, lo que hoy sé quiero sujetarlo en este papel.

Es Drancy, la vida de Drancy lo que hay que recordar, porque en Drancy se viven horas como las que no se viven en ninguna parte. No es una prisión ni un campo de concentración: es Drancy.

No hay más que atravesar el patio de entrada; nada tiene semejanza a nada vivido o estudiado. Si entráis como detenido, pueden pasar dos cosas: o que os inscriban, es decir, que hagan vuestra ficha, o que no os inscriban: en este último caso estáis perdidos, la familia no sabrá nunca dónde os encontráis, pues aun acudiendo al único medio que existe en casos semejantes para saber vuestro paradero, que es enviar un paquete y llevarlo de prisión en prisión, como el paquete será devuelto de todas las prisiones, vuestra familia no sabrá nunca nada y allí quedaréis ignorado de todos. Si se hace vuestra ficha, tenéis que entrar en la barraca habilitada a esos efectos, donde seréis despojado de todo cuanto poseáis; nada de lo que os quiten os será devuelto; en todo caso, nada de lo que se le ha quitado a un internado, hasta hoy, le ha sido devuelto.

Nos encontramos con una aglomeración de unas mil quinientas personas aproximadamente. Hay un jefe de policía con sus agentes; bi-

biblioteca clandestina, correo de la misma naturaleza, que no marcha del todo mal, tabaco según las posibilidades y según el desarrollo del "marché noir". La comida, insuficiente para todo el que no puede recibir un paquete del exterior, y éstos son la mayoría, a pesar de que el dinero que se invierte en Drancy es dinero de los judíos.

Pero hemos de hacer un poco de historia; sin ella no llegaríamos a explicarnos nada. En 1941, los ocupantes apadrinaron la creación de una entidad judía, que se llamó "Unión de Israelitas de Francia". A ella fueron los judíos que se salvaron de la primera acometida; a ella fueron muchos judíos que cayeron en el lazo que se les tendía y en el que era fácil caer: el de la protección. Si los judíos estaban perseguidos sin piedad, al ofrecer los alemanes una protección a aquellos que voluntariamente se inscribieran en la nueva asociación, permitiendo así un control y dejándoles la posibilidad de ayudarse unos a otros, se podía deducir fácilmente que los inscritos no correrían la suerte que los demás habían corrido hasta entonces. A ella fueron, pues, los judíos, porque después de deportaciones como las iniciadas en el Velódromo de Invierno; después de las detenciones seguidas de deportación de más de tres mil judíos, enrolados todos ellos voluntariamente al comienzo de la guerra en el ejército francés; después de la incautación de las "pouponnières" y de la deportación de los niños enfermos acogidos en el Hospital Rotschild, ¿qué más quedaba por hacer?

No hay que olvidar que después de estas medidas hubo un período de calma; parecía, pues, que el problema judío se había liquidado en Francia; no es extraño que los supervivientes cayeran en el lazo de la "Unión de Israelitas de Francia". Pero ¡ay! cuando los alemanes se sienten protectores hay que echarse a temblar.

Drancy se habilita y, poco a poco, el antiguo cuartel se transforma en una prisión sin igual. La población de Drancy está formada por judíos de todas nacionalidades y sexos; adultos, niños y ancianos.

Habíamos franqueado el patio; nos había sorprendido el espectáculo de una aglomeración exótica. Sigamos adelante. Esta ciudad de más de mil quinientas personas no es nada uniforme. Aquí, en este departamento, hay habitaciones de seis u ocho camas; se destinan a mujeres, unas con sus hijos, otras solas. Para darse una sensación de aislamiento, algunas han tendido una cuerda sobre la que cuelgan ropas usadas, toallas, trozos de sábana, combinaciones, etc. En el ángulo opuesto, una mujer lee echada sobre la cama. Durante el día es posible reposar; para poder hacerlo durante la noche es necesario habituarse primero a los insectos que os devoran. Aquí, a la izquierda, es el departamento de los incomunicados. En el piso bajo hay una habitación donde se toman las declaraciones; para estas declaraciones se emplean diferentes argumentos; hay unos que se llaman "*les arguments frappants*", como si dijéramos argumentos de vergajo limpio. Sí, parece que la persona a quien le toca en suerte oír el desarrollo completo de una declaración acompañada de semejantes argumentos, no olvida fácilmente las horas de esa noche. Hay, naturalmente, celdas libres; ellas acogen durante la noche los amores, a menudo ruidosos, de las autoridades del campo. No podemos ignorar que hay mujeres a quienes la perspectiva de un destino irremediable arranca de ellas la conciencia y la dignidad, y, en esa inconsciencia o con la esperanza, quizá, de torcer el destino, ceden a la entrega más abyecta: la entrega al enemigo. Entre los tormentos de Drancy hay que señalar esa atmósfera especial que da una aglomeración de vidas, en su mayoría, faltas de resortes morales.

Continuemos. Aquellas muchachas tratan de consolar dos niños de corta edad; no son sus hijos, acaban de llegar recogidos de Dios sabe dónde. Pasarán unos días y los chicos se acostumbrarán a ellas, es una adopción en la adversidad, pero... ¿por cuánto tiempo? Las muchachas partirán y los niños partirán también, pero seguramente con destino distinto. ¿Qué suerte le estará reservada a éste, el más pequeño, tan

pequeño que no sabe decir una palabra? Tiene dieciocho meses y sorprende verlo aquí, puesto que ninguna mujer puede llevar con ella, ni a la prisión ni a la deportación, niños menores de tres años. Se le ha encontrado solo en su casa, en un piso abandonado y está inscrito en el registro de Drancy con esta mención: "Niño de dieciocho meses. Terrorista".

No sé si algún día podrá concederse valor a lo que hoy escribo; yo lo hago para mí, para no olvidar, y aseguro también que no estoy para bromas. Tengo los nombres de varias personas que están en Drancy en estos momentos; no todas van a desaparecer. Algunas de ellas podrán, si es necesario, avalar este relato. Alrededor de este niño se pueden tejer historias trágicas, fantasías emocionadas; que otros adornen la verdad, yo no, y la verdad es ésta: en Drancy, en el mes de mayo de 1944 existe un niño registrado con esta mención: "Niño de dieciocho meses. Terrorista".

Hay que decir que Drancy está organizado por los judíos; el personal que trabaja sale de ellos mismos; la policía sale de ellos; la cocina, la limpieza, la inspección. Los alemanes son la autoridad suprema. Clasifican, interrogan con argumentos de distinta naturaleza, y luego, una vez internado, el judío hace la vida entre los suyos. Unos sirven su causa lealmente; otros se pliegan con facilidad a la autoridad superior y, claro está, éstos son los que disfrutan de privilegios.

La vida diaria no es vida de prisión. Cierta desorden, inmoralidad, pequeños negocios, lecturas clandestinas, tabaco, querellas de familia, amores de todo género. Todo ello tiene semejanza con la vida real; todo ello no es, sin embargo, ni vida real ni vida de prisión, ni vida de campo de concentración; es otra cosa: es Drancy.

La población cambia constantemente; todos los días hay nuevos ingresos y cada mes o cada quince días, cuando está completo el cupo de mil, sale un nuevo convoy de deportados. Claro está que existen

esos privilegiados de los que se ignora la razón del privilegio, y esos medio-judíos a los que no se deportará, sin que tampoco puedan estar seguros, porque de Drancy se sale o a los ocho días o para la deportación.

Se pensará que ya no queda nadie que sea posible recoger; pero no es así. La camioneta de Drancy llega todas las tardes con "mercancía"; unos cuantos judíos cogidos al azar, y otros que no lo son. La población la ha bautizado: "ya llega Paris-Soir", noticias frescas, sean o no ciertas. Porque existe lo que se llama la brigada fisonomista, la que decide, mientras pasea o come en los restaurantes mirando la cara de los paseantes o de los pacíficos comensales, quién es o no judío. Si tenéis una nariz prominente, cabeza desproporcionada en un cuerpo frágil, cara ancha con pelo y ojos negros, o aire tímido, y os cruzáis con algún miembro de la brigada fisonomista, esa tarde formáis parte de "Paris-Soir". Hacéis el viaje a Drancy; luego se investigará si sois o no arios puros, pero como primera providencia, unas noches en Drancy no hay quien os las quite.

De esta población de Drancy salen los convoyes. Cada expedición exige una preparación; los designados reciben la orden tres días antes de la fecha señalada para el viaje; a partir de ese momento esa masa queda encerrada por unas alambradas que la separan del resto de la población de Drancy. Pueden agruparse como mejor les plazca, formar los grupos de su agrado; durante esos tres días viven en una perfecta promiscuidad, pueden comer como quieran o como puedan; dormir... ¡ah!, dormir, eso es otra cosa. Durante las dos o tres noches que siguen a la notificación de la marcha, unos reflectores fijos, potentes, iluminan esas noches que parece no pueden terminar nunca; esa luz blanca, dura, implacable cae sobre las cabezas de los que esperan la hora de la deportación y nadie puede dormir ni pensar; no hay más que una obsesión: tratar de huir de esa luz que pone al rojo vivo lo irremediable del destino, y las miradas, en lugar de encontrarse y descansar unas

en otras, son atraídas constantemente por los haces de luz. Las caras están más pálidas, los harapos más sucios, los cuerpos más flacos y hay un reproche que no se formula: el esqueleto de la miseria está al desnudo. La tragedia oscura puede ser miseria, pero puede ser recatada. La tragedia bajo la luz potente del reflector es una miseria a la que se le arranca el pudor y la dignidad.

Han transcurrido los tres días, los camiones comienzan a llenarse. Surge un conflicto de última hora: uno de los designados está enfermo y es de avanzada edad. No importa, monta en el camión ¡qué mas da! El caso es el mismo que el de aquella pobre mujer que partió en el último convoy con las muñecas vendadas por haberse abierto las venas en la esperanza de morir antes que ser deportada; con las manos vendadas se la hizo partir. No importa, enfermos o moribundos forman el convoy si están designados, y a veces se dan casos de un civismo y de una solidaridad capaces de arrancar lágrimas: éste es el caso del enfermo de hoy. Su mujer dice, razonando la marcha del marido: “De qué serviría si pudiera quedarse. ¡Morir, yo estoy segura de que ha de morir hoy o mañana, aquí o en el tren y, en cambio, si hubiese muerto aquí antes de la salida del convoy, es a un joven a quien le tocaría el turno: Un joven puede luchar aún por la causa!”

Las camionetas parten. Los vagones serán precintados como lo son todos los que llevan deportados, y allá, en su destino, recogerán tantos vivos y tantos muertos. Así lo quieren estos hombres “superiores”, estos hombres que se dicen inspirados por Dios para arreglar el mundo.

Cuando los hombres se creen inspirados por Dios comienza la hora de las catástrofes; cuando los hombres aceptan su papel de hombres, están en camino de acercarse a sus iguales, que es el camino para comprenderlos.

Este momento no nos sorprende, nos llena de regocijo, lo esperábamos con esa impaciencia amasada por el sufrimiento y el aguante de cuatro años de opresión, parda, sorda, cerrada. Aquí está ya ese momento que esperábamos desde el verano del 40, desde que Inglaterra resistió a todos los ataques, desde que a Inglaterra sola la vimos erguirse en el Atlántico desafiando todos los peligros, oponiendo a la bárbara agresión, que parecía irresistible, su orgullo, su dignidad de viejo y gran país, su fe en el esfuerzo, su confianza en la tenaz labor de sus hijos. Desde entonces hemos mantenido la llama de la fe, el secreto de la esperanza; desde entonces hemos tenido la convicción de que este duro momento llegaría, este momento que es el signo inequívoco de que los alemanes se sienten vencidos.

Todo es más áspero, más difícil, más peligroso también; por eso la detención de mi amigo fué para mí un duro golpe. Yo lo contaba en el número de casos perdidos; cuando lo he visto entrar, demacrado pero firme, he creído en los milagros. Sí, todo es terriblemente fuerte; ya no se ve a los ocupantes sino en grupo, con el arma al brazo, recelosos y vigilantes. Camiones y vehículos de todas clases circulan sin tregua, noche y día, pintarrajeados, cubiertos de ramas frescas de estos magníficos castaños. A veces, tengo que hacer un esfuerzo para no detenerme y reír de buena gana, francamente; creo estar contemplando los preparativos para la romería del Rocío ¹.

Dejemos las divagaciones. Ya estamos en ese momento tan esperado. No se encuentra nada en las tiendas de comestibles, hay que andar mucho para comprar el pan, si es que después de hacer una hora de "cola" os alcanza el reparto; no tenemos electricidad sino veinte minutos al día y no a hora fija; el gas, como una cerilla, aparece una

¹ Fiesta popular: cabalgata que sale de Sevilla hacia el Rocío en el mes de mayo.

media hora escasa a la mañana y otra media hora a la noche, un momento tan corto que a duras penas se llega a hervir unas patatas. Todas estas pequeñas dificultades se vencen con esa energía llena de optimismo, fresca, robusta, nutrida por esa gran esperanza que hemos cultivado durante estos últimos años. Esto es el fin; esto es el fin.

Lo único que ensombrece este momento es esa monda de los castaños. ¿Los dejarán sin una rama en esta locura de la huída? Pero, ¡qué tontería! a lo mejor los castaños guardan también frescas energías y esto será la poda perfecta para la floración de la Primavera del 45.

Mayo de 1944.

Apresuradamente busco mi mapa. ¿Dónde está mi mapa de Francia? Lo compré hace unos meses y lo guardé; me pareció pronto para colgarlo en las paredes de mi cuarto con los otros. Pienso que si la Gestapo hubiese hecho una aparición en mi cuarto hubiera tenido clara la proyección de mi vida en estos cuatro años. Las paredes están materialmente tapizadas de mapas. El primero fué uno de Rusia y Europa, no muy grande, suficiente para pasar por Europa sin detenerse y llevar la mirada a los pantanos de Rusia, de donde podrá surgir un día u otro el remedio. Luego vinieron varios del Norte de África; más tarde, marcando la fortuna de la guerra, las paredes de mi cuarto fueron adornándose con mapas de gran tamaño y de países diversos. A medida que los rusos reconquistaban palmo a palmo su país, ha ido floreciendo toda una industria de mapas baratos y sencillos, bastante bien hechos, que han venido a prestarnos gran auxilio en los momentos de pesimismo: Asia en sus distintos sectores, Europa en sus diversos países alegran las paredes de mi habitación. Todos los mapas están llenos de flechas, de círculos, de signos especiales con los que he ido

señalando el curso de la guerra. Tan dentro del ambiente está mi cuarto, que las pocas personas que de cuando en cuando vienen a verme, en el momento que empezamos a hablar de la guerra dicen: "pasemos al Gran Cuartel General" y discutimos situaciones y proyectos frente a los mapas que contienen las indicaciones del último avance aliado.

Hoy el "Gran Cuartel General" se ha enriquecido con otro mapa: el de Francia. Londres comunica que las tropas aliadas han desembarcado en Francia. Esta vez la consigna que anuncia el desembarco en Francia no hemos podido captarla; estamos privados de electricidad durante todo el día, la corriente llega unos minutos cada día a distintas horas y no coincidiendo nunca con las emisiones de Londres. Es de Radio-París, pues, de donde hemos recogido la primera noticia que anuncia que un intento de desembarco ha fracasado. "La respuesta ha sido rápida. Las fuerzas protectoras de ocupación aniquilarán en pocas horas a los invasores." La forma, el tono, los argumentos, muestran claramente que el intento es serio.

Es tanto lo que ponemos en esta empresa, no por esperada menos audaz, que yo no quiero dar importancia al hecho. Atornillo mi pensamiento, lo sujeto bien; es demasiado para alegrarse, no es suficiente para desbarrar.

Aquí está mi mapa de Francia. Busco un buen sitio, nuevo todos los otros, hago un nuevo arreglo de la decoración y lo sujeto provisionalmente, no como están los otros, con toda clase de precauciones, ni siquiera con unas chinches, no; lo sujeto con unos alfileres, al descuido, como si mañana tuviera que recogerlo, y no señalo nada en él.

En el fondo, las supersticiones no son sino anhelos reprimidos, sumergidos en el mar del azar, esperas apasionadas de algo por lo que tememos hasta que llega, y como no queremos imputar a los dioses la desviación de una felicidad, si es el fracaso lo que recogemos, lo atribuí-

mos a un perro que aúlla, a la sal que torpemente dejamos caer sobre la mesa, a un vaso que se rompe.

He leído en alguna parte que los campesinos chinos, cuando la cosecha se presenta buena, abundante, dirigen a los dioses en alta voz sus lamentaciones poniendo de manifiesto su pobreza, el mal rendimiento de las tierras: “Hay que engañar a los dioses —dicen—; están siempre celosos de nuestra felicidad.”

Yo quiero hoy engañar a los dioses, a los dioses perversos, bien entendido. Dejo el mapa de Francia suspendido con unos alfileres en la pared de mi cuarto. Quiero ocultar que no me interesa hoy otra cosa en el mundo que el poder señalar con mano firme el ensanche de esa cabeza de puente de cuarenta o cincuenta kilómetros establecida hoy en Normandía por los aliados; ensancharla hasta establecerla por lo menos en París.

6 de junio de 1944.

6 de agosto de 1944.

Hay que dejar París por unos días. Hablemos con precisión: hay que darse el placer de hacer una maleta, como si se pudiera hacer un viaje, aunque esa maleta vaya en la bicicleta y el punto de destino sea Clamart. Pero se está en ese momento en que hay que cambiar de postura aunque ese cambio consista en volverse contra la pared o contra la puerta. Los nervios están tensos.

Las tiendas de comestibles vacías, los paquetitos que de vez en cuando llegaban del campo con alguna buena sorpresa no aparecen desde hace meses —los aliados trabajan bien sobre los trenes—, el gas no tiene fuerza para calentar unas sopas, y la electricidad es un mito. Hay que moverse, hay que desentumecer la paciencia que corre el riesgo de acabar trágicamente.

Vamos a Clamart. Es cosa de risa, pero no es tan absurdo como parece.

El cielo de Clamart es hoy azul, azul intenso como el cielo de tantos lugares de España. Son las doce y media; esperamos la llamada para el almuerzo. Una nube de aviones pasa; se dirige hacia aeródromos próximos para lanzar su carga. Miramos con simpatía y esperanza estos pájaros de acero que brillan hoy en el cielo como en el Mediterráneo una banda de bonitos: plata sobre fondo de azur.

Una descarga fulminante nos hace abandonar nuestros asientos. Sobre nuestras cabezas comienza una batalla formidable; la banda de peces de plata sigue su marcha imperturbable; avanza defendiéndose. ¿Cinco minutos, ocho minutos? No sé. La metralla cae en el jardín; la batalla ejerce tal sugestión que buscamos puntos más favorables para observarla. La formación continúa marchando.

Un avión queda rezagado.

Uno, dos, cuatro paracaidistas; cuatro anémonas blancas que suavemente se abandonan al cielo llevando suspendido a un hombre. Nuestros ojos siguen los movimientos con la sensación de que ayudamos al descenso.

Pero, ¿qué hace ese aparato? Está solo; no sigue a la formación. Vira en redondo describiendo grandes círculos; se inclina. Se inclina a la derecha describiendo círculos más pequeños. Hace esfuerzos para remontarse de nuevo, no puede, desciende. Está alcanzado, y el piloto está dentro.

El avión continúa describiendo círculos cada vez más pequeños, cada vez más lejos de nuestras cabezas. Se aleja; se aleja descendiendo, inclinado siempre al lado derecho; el piloto continúa en el volante...

El aparato planea ya fuera del pueblo; ya está más lejos. Des-

ciende; desciende en círculos cada vez más pequeños. No vemos lo que quisiéramos ver: otro paracaidista, otra sombrilla blanca abierta a la clemencia del cielo.

El avión sigue descendiendo, sigue descendiendo; rápido toma la vertical. Algo se cierra en el pecho.

Una espesa columna de humo sube derecha hacia el cielo sin nubes. El piloto ha evitado una tragedia a Clamart. Clamart es una aglomeración de los suburbios de París. Ha seguido con los mandos en sus manos hasta llevar el avión sobre el bosque, y ha caído con él.

La espesa columna de humo tiene la serena majestad de la muerte, penacho de pira funeraria de un héroe silencioso, de un hombre.

El cañón sigue tronando, no queda un avión en el cielo. ¡Ah!, pero vemos aún dos de las cuatro anémonas blancas que descendían a tierra. ¿Es posible? Sí; es posible. Los proyectiles estallan cerca de los cuerpos suspendidos, cerca de estos hombres que son ya prisioneros de guerra. El tiro se complace en el blanco; no hay duda, la metralla persigue a estos dos cuerpos. ¿Es posible? Sí; las dos anémonas blancas aceleran su descenso: uno de los cuerpos tiene balanceo de muñeco de trapo...

La D. C. A., del ejército ocupante puede apuntarse una victoria más; ha hecho blanco en un prisionero de guerra atado a un paracaídas.

11 de agosto de 1944.

12 de agosto de 1944.

No es posible quedar por más tiempo aquí; no hay medio de obtener noticias. El aparato de radio es tan malo que ninguna emisión se

puede captar claramente. Ni se come ni se duerme. Ando a la busca de noticias entre los vecinos del pueblo y como no me conocen están recelosos. Puedo ser un espía... ¡Imbéciles! ¿No les dice nada mi cara? Ya no pregunto; a las horas de las emisiones de Londres voy de esquina a esquina escuchando y me siento en el borde de la acera cuando un balcón mal cerrado o una ventana abierta dejan llegar hasta la calle la voz de la radio. Pero ya no se puede aguantar aquí por más tiempo. Mañana hay que marchar, sea como sea.

13 de agosto.

Descendemos; las noticias de anoche, las que corren de boca en boca y las que nos dan amigos por teléfono hacen pensar que París puede quedar sitiado. Preparamos las bicicletas, atamos bien las maletas en el "portabagajes" y nos disponemos a emprender la vuelta. Se nos advierte que en los puentes se requisan las bicicletas. Una consulta. ¿Bajamos o no bajamos...? A París, aunque requisen hasta los zapatos: agosto del 44 no es junio del 40. Entonces hubo que dejarse arrastrar por el destino, y el destino ayudado por unos compañeros demasiado celosos de sus propias vidas, me encerró en París. Hoy soy yo quien se acoge al destino con las dos manos.

A París.

15 de agosto.

Salgo como todas las tardes hacia las afueras de París. En la Puerta de Saint Cloud recojo datos más elocuentes que todas las noticias que circulan; todos dan rienda suelta a su fantasía, y entre veinte noticias hay una que responde a la verdad. ¡Vaya usted a dar con ella!

El frente debe de estar cerca, porque las ambulancias entran sin interrupción; unas pasan lentamente, con precaución; llevan heridos graves. Otras pasan en marcha normal; llevan seguramente heridos menos graves. Camiones con carga muy pesada salen. Por primera vez veo tres camiones cargados de prisioneros americanos. Parán en la plaza, la gente trata de acercarse. Las ametralladoras alemanas desde lo alto del camión apuntan hacia nosotros. Hay un movimiento de pánico. Las ametralladoras disparan al aire.

No necesito saber más hoy: los heridos alemanes son evacuados y los prisioneros aliados pasan por París.

El frente está cerca.

16 de agosto.

Entre las noticias que circulan hoy figura una que hay que retener: la policía ha declarado que está del lado de la "resistencia". De fuente fidedigna se nos dice que han desarmado al Cuerpo de agentes de vigilancia. Esto es lo que se dice, y lo que yo observo es que no se ve un agente por ninguna parte.

17 de agosto.

Hay huelga general. A partir de hoy no tenemos gas; hasta hoy teníamos una hora al día, pero a partir de hoy, nada. Se anuncia la sopa popular; darán una tarjeta especial si se presenta la de alimentación. Como yo no tengo tarjeta de alimentación no tendré derecho a la sopa popular. Esto marcha; cada nueva restricción es un paso más hacia la libertad. ¡Viva la sopa popular aunque yo no tenga derecho a ella!

18 de agosto.

La electricidad no ha funcionado durante las últimas veinticuatro horas. No sé si se nos quiere privar en absoluto de noticias o si han hecho saltar la central eléctrica que alimenta a París.

Los detenidos de Drancy han sido liberados. Las "autoridades" han desaparecido. En cambio, los mil quinientos presos políticos de Fresnes han sido conducidos a la estación y encerrados en un tren que se ha puesto en marcha. ¡Aun ha habido tiempo y carbón para el último tren hacia la deportación!

Durante la noche pasada se han oído grandes explosiones que partían de todas las direcciones; formidables hogueras han iluminado el cielo en las proximidades de París. Antiguamente se anunciaban los grandes acontecimientos en esta forma. Es posible que estas hogueras sean signos precursores de nuestra liberación.

19 de agosto.

Anoche fué necesario meterse en la cama a las nueve y media. Estábamos sin gas y sin electricidad.

Dejo abierto el conmutador con la esperanza de que si llega la luz me despierte, si es que duermo, y en todo caso para no perder minuto si hay alguna noticia y se puede captar. A la una menos diez mi cuarto se ilumina y empiezo a oír la radio en diferentes pisos; logro coger el comunicado completo: los ejércitos aliados están en Versailles.

Acodada en mi ventana miro el cielo claro y sereno de esta noche de agosto. El silencio no está lleno de vacío; este silencio es una espera.

El silencio de la noche del 13 de junio del 40 era un silencio de muerte; éste es un silencio de espera. París está lleno y silencioso hoy; el 13 de junio del 40 París estaba vacío, muerto en su armazón; esta noche París está silencioso y vivo.

Dos signos me impresionan: oigo los aviones, motores suaves que vuelan sobre la ciudad; ni D. C. A., ni alerta. Las emisiones, por primera vez desde el comienzo de la guerra, son claras; Londres llega a nosotros como Radio París hace unos días.

La noche transcurre entre cañonazos y tiros de ametralladoras.

20 de agosto.

Noche de calma completa; desde las diez, en que se oyeron unos cuantos disparos, ha reinado el silencio. Tengo la impresión de que los últimos soldados parten.

Por la mañana hago el recorrido de mi barrio. Las escuelas convertidas en cuarteles están vacías, excepto una que exhibe alambradas delante de la puerta en un radio de veinte metros. Es lo único que queda habitado por aquí.

21 de agosto.

Día de decepción. Ayer, en la tarde, vinieron amigos a decir que se sabía oficialmente que los últimos alemanes partirían a las siete y que sería el momento de la entrada de los aliados. Momentos de emoción, momentos indefinibles en que se está contento y triste. A las nueve y treinta la radio comienza a marchar; los aliados están cerca, pero están aún en Fontainebleau, Trappe et Joubissy... nada más. Un poco más de paciencia; mañana estarán en París. En la noche los

disparos no cesan y la mañana viene llena de decepciones; motines en un lado y en otro de París; Boulevard Saint-Germain, Bourse, Panthéon... Las explosiones se suceden y no se sabe si son puentes que saltan o instalaciones que se destruyen.

El día se hace pesado, la gente no sale a la calle y yo, que había decidido poner pie en el centro, quedo triste; no es posible salir después del recado de mi amigo. Los S. S. parece que resisten.

Por primera vez se vende por las calles un periódico *francés*, "Dé-livrance"; aparece también fijado en los muros; la gente, en pequeños grupos, se acerca para leerlo.

París está en vacaciones, no hay circulación, no hay policía, apenas si se ven bicicletas, y a los pocos alemanes que circulan, bien armados y en automóvil, los veo pasar como una nubecilla de verano. ¿Quién puede ya detener nuestra liberación?

22 de agosto.

Rueda mi bicicleta, rueda como nunca. Yo no sé si ella tiene alas o las tengo yo. Hoy vuela... Avenida de Versailles, calle de Mirabeau, Quai Louis Blériot. Hago este recorrido con una alegría de corazón nueva, no siento mi peso ni el de la bicicleta; me siento ligera, ligera... Algo tiene hoy alas, mis pies, la bicicleta, mi corazón... Mi corazón quizás. No lo sé ni me importa. Voy sin documentación, no la tengo; llevo la de la bicicleta, que no está a mi nombre, claro está. Mi bicicleta rueda, rueda por las calles como si el mundo se hubiese hecho para ella.

Autos alemanes, autos de la Resistencia, ni un agente; uniformes kaki, cruces de Lorena. Calma; calma y huída. Mientras rueda mi bicicleta, en mi cabeza, como aparato de repetición, martillea esta frase: la libertad, la libertad, ¿qué es la libertad?

Es necesario que alguien me explique, los físicos o los químicos, los metafísicos o los fisiólogos, los filósofos o los místicos, es necesario que alguien me explique este fenómeno: el aire, hasta ayer, desde hace cuatro años, era denso, no entraba fácilmente en mis pulmones. Hoy es ligero, ligero en mis pulmones, ligero hasta para las máquinas: los autos vuelan, mi bicicleta corre como los autos.

La libertad, la libertad. ¿Qué es la libertad?

¿Quién me llama por mi nombre, por mi verdadero nombre? ¡Ah! ¡Plácido! No podía ser otro. ¿Qué si quiero dar contigo una vuelta? Pero, ¿puedes dudarlo? Sí, así, así, no temas nada; ahora soy yo la que dice "no temas nada". Monta, monta conmigo en la bicicleta, hagamos esta ronda de la libertad.

Tu cordura me ha prestado grandes servicios, pero hoy no la necesito. Sí, puedes vocear mi nombre; atrévete. Vocéalo como se vocea el periódico que puede venderse libremente. Tú ríes como yo, y es que es la hora de respirar la libertad. Corramos, corramos. Ésta es mi segunda borrachera de aire; no es mucho en cuatro años. Y mientras nos damos a esta orgía, hablemos de nosotros. Es el momento de hablar de nosotros.

¿Vivir sin ti? ¿Cómo puedo yo vivir sin tu sólido razonamiento? Fué tu razonamiento el que me hizo digerir mi miedo, aquel miedo a la muerte, a la muerte mía, a mi morir que veía próximo, como el de otros que caían en esas horas; fuiste tú quien me hizo atravesar aquellas semanas en que esperábamos, sin querer confesárnoslo, una llamada a la puerta, con protección de fusiles; fuiste tú quien me hizo rechazar la invitación a aquel viaje en el que, si no es por ti que lo impediste, hubiera caído en manos de los ocupantes como espía, como cayeron los otros que formaron la expedición. ¿Cómo quieres que yo viva sin tu decisión y, digámoslo claro, sin tu valor? Has olvidado las horas infinitas de aquellos diez meses en que nuestros pies no podían moverse sino entre

mi cuarto y el desván? ¿Te acuerdas cuando tuvimos que afrontar la vida sin documentación de ninguna clase, sin tarjeta de pan, sin sitio determinado donde acogernos y cuando, cogiendo nuestro aire más altanero, pasábamos al lado de los centinelas del cuartel como el que no tiene nada que temer?

Tú has sido quien me has sacado de todo esto. Y tú, ¿cómo ibas tú a vivir sin locuras como aquéllas de nuestra primera salida? Porque ésa, fuí yo quien la decidió. ¿Cómo ibas tú a vivir a solas con tus razonamientos, que serán todo lo sensato que quieras, pero que no te permiten esas burbujas de colores tan necesarias al alma? Yo te he hecho andar por las estrellas, hablar con todo lo que había en el cuarto, tener coloquios con la pelota que lanzábamos contra las polvorientas paredes del desván, compartir la cena con paracaidistas y no sé cuántas locuras más. Sí, ríe, ríe; ya podemos reír y hablar de esto, ya somos libres.

¿Qué es aquella libertad que sentía crecer en la soledad? Aquella libertad no es distinta de ésta. Yo también voy a razonar: la libertad se gesta o se respira; cuando su vida está amenazada hay que recogerla en sí misma, en silencio y en la oscuridad; es su período de gestación, en el que se robustece y se purifica. Igual, igual que si pudiéramos volver a las entrañas de nuestra madre. Luego, en llegando el tiempo, cuando su expansión es posible, no hay nada que la detenga.

Sí, es cierto, estamos de acuerdo: o gestación, aislamiento, silencio, oscuridad, o expansión; un darse a todo sin mirar, sin contar, sin temer... Dar y no darse cuenta de que se da, recibir, y no darse cuenta de que se recibe; aire libre, confianza, confianza en los otros y en sí mismo.

Hoy estalla nuestra libertad; no hay quien la detenga.

Observa a ese buen francés; sonríe, va de acá para allá como nosotros, sin saber adónde va y creo que ni le importa el camino que

recorre. Como nosotros, se extasía delante de esos camiones que parten cargados de objeto heterogéneos y elocuentes, maletas, colchones, bicicletas, bultos de ropa... y sonríe, como nosotros. Como esa otra mujer que íbamos a atropellar sonreía cuando nos paramos en seco, y nos comprendimos después de mirar los tanques que pasaban haciendo la vigilancia del miedo. Que pasen, que sigan pasando; ya sus manos no pueden hacer nada más que eso; sujetar, atar esas maletas, esos sacos, esas bicicletas que se amontonan en los camiones, en esos camiones que ya ruedan sin libertad por un solo camino: el de la derrota.

Qué bien vamos hoy y qué felices, unidos para siempre. Tú y yo somos una sola persona, ya lo ves, es lo irremediable, y tan perfecta es esta unión, que yo comencé hablando por ti y tú terminas hablando por mí, sin que ni tú ni yo nos hayamos dado cuenta.

Qué bello es París, ¿verdad? Qué bello es París cuando en él se respira la libertad.

24 de agosto.

La situación es confusa; la hace confusa ver aún a alemanes y oír rumores contradictorios al mismo tiempo que verosímiles: que los S. S. resisten, que dos regimientos alemanes entran esta noche, que los ejércitos aliados están a las puertas de París. Como no hay "métro", no es posible ir de acá para allá; las bicicletas no andan y la gente sale con gran cautela, y, a todo esto, sin poder tomar el pulso a la radio por falta de corriente. Pero hay un hecho cierto: los alemanes que quedaban en el cuartel que está cerca de mi casa han desaparecido ya sin que nadie los haya visto marchar.

Son las cinco de la tarde.

¿Quién ha dado la orden? No sé, nadie lo sabe; en todas las calles que desembocan en las grandes arterias de las Puertas de París

se empiezan a levantar barricadas. ¿Para qué hacemos estas barricadas? Nadie contesta a la pregunta con convicción.

—Dicen que los alemanes vuelven.

Yo no lo creo. Los alemanes están perdidos, pero quién sabe si intentan un último golpe. El aspecto es de huída, pero quién sabe.

La gente está alegre; corremos de acá para allá. ¿Barricadas? ¿Para qué? Pero ¡qué importa, qué importa que no sean necesarias! A ellas, a ellas con brío aunque este esfuerzo se pierda.

Yo corro con los muchachos, con los jóvenes; los hombres cortan los árboles menos frondosos, levantan el pavimento. Los demás, los muchachos y las mujeres, ayudamos a amontonar y transportar adoquines, a levantar esos enrejados que en el suelo protegen al árbol o al caminante, y entre todos levantamos bellas trincheras detrás de los árboles. Emociona este espectáculo: las barricadas se levantan en medio de las calles con sus árboles enteros y sus ramas frescas: el momento oscila entre alegría de barracas y fiesta de victoria.

¿Para qué hacemos las barricadas? No sé. Vale la pena, aunque se erijan como un símbolo: barricadas contra la opresión, barricadas contra la barbarie, barricadas contra el crimen. Contra todo esto, barricadas. Ya dejaremos el paso libre si los que quieren entrar son los que deben entrar.

Se hace tarde. Terminadas las barricadas no nos queda más que entrar en nuestro domicilio, a aquellos que no podemos hacer la guardia esta noche; porque esta noche es noche de vela.

Siguiendo la costumbre, doy vuelta al conmutador: hay luz. Me voy a la radio. La aguja corre todo el cuadrante y al fin oigo una voz, medio en broma medio en serio, que da noticias imprecisas y extrañas: es alguien que no tiene la costumbre del micrófono o es alguien que

se burla de nuestro optimismo. ¡Qué extraño! Los nervios están tensos, pero el speaker explica: "Llevo hablando tres horas, he pasado varias noches sin dormir, un viaje accidentado y la emoción de estar en París".

Son las diez de la noche. Cojo el teléfono y llamo a cuantas personas conozco. Pido noticias que me confirmen lo que oigo o que me saquen de la angustiosa incertidumbre y, a todo esto, el buen hombre de la radio continúa hablando. Se le oye decir: "Cerrad la puerta, que no entre tanta gente; me ahogo." Nunca hemos captado emisión más verídica.

De todos lados se confirman las noticias; la "Resistencia" tiene ya todas las Alcaldías; las tropas del General Leclerc entran en París.

La radio continúa: "Tanques de la división Leclerc han entrado en la Place de l'Hôtel de Ville. Estos tanques son servidos por españoles".

Ellos, los españoles de la división Leclerc, son los primeros que entran en el Hotel de Ville a las nueve y quince de la noche.

¡De cuántas cosas me siento compensada!

25 de agosto.

Los ejércitos aliados han tomado las puertas de París.

De una manera espaciada, discontinua, comienza la entrada.

Son las dos de la tarde. Nuestras manos aplauden y se tienden a los liberadores; quisiéramos hacer algo más; quisiéramos coger los tanques sobre nuestros hombros y pasearlos por París, de norte a sur, de este a oeste; pero no podemos hacer más que sonreír y tender las manos.

Un fuego nutrido se cruza entre algunos balcones y los tanques, que responden de una manera definitiva. Las calles quedan desiertas

cuando el fuego arrecia; cuando el fuego cesa, el entusiasmo cobra más bríos.

Morir hoy sería triste. No; cerramos la puerta a la posibilidad.

Seguimos dando la mano y aplaudiendo bajo las balas. Por otra parte la suerte no ha favorecido nunca a los cobardes.

26 de agosto.

¿Nos lleva la corriente o somos nosotros la corriente misma? Ríos humanos corren alborozados por las arterias de París. Vamos en esta corriente hacia l'Etoile.

El calor es asfixiante pero la tierra ya no es parda; en ella lucen hoy el azul, blanco y rojo. Aquella tierra parda ha sido aventada; hoy las Avenidas son azul, blanco y rojo... El cielo no está ya surcado por el plomo; aviones de plata, bajo una luz nueva, brillan sobre el bello Arco del Triunfo, dan la bienvenida derramando ese sedante impalpable que está compuesto de seguridad y confianza.

París recobra su vida.

Los árboles son racimos humanos; los agentes no pueden contener la masa imponente.

Allí están, bajo el Arco. Dejan los coches oficiales, y la multitud, rotos los diques, rodea a sus liberadores. Muchachos y muchachas de la "Resistencia" forman la guardia de honor. Liberados y liberadores descienden a pie los Campos Elíseos. La ovación es delirante y continua.

¿Y esos tanques? ¿Veo claro? ¿Son ellos? Sí; son ellos. Son los españoles. Veo la bandera tricolor; son los que, atravesando el

África, llegan hasta los Campos Elíseos. Los tanques llevan nombres que son una evocación: "Guadalajara", "Teruel", y son los primeros que desfilan por la gran avenida.

París aplaude. París aplaude a los españoles curtidos en una lucha de nueve años, que sonríen hoy al pueblo liberado.

París aplaude a la España heroica de ayer, a la España libre, democrática y fuerte de mañana.

Parece un sueño... Parece un sueño.

VICTORIA KENT

D E L E S T Í O

I

En las llamas del sol las mariposas
rutilan sobre el agua iluminada
que fluye de la fuente a la explanada
bajo el ardor del cielo y de las rosas.

De las enredaderas luminosas
desdeñando la sombra delicada,
ves de una nube azul que se traslada
la forma diseñada en las baldosas.

Y entre las ondas del follaje infiero
oh ángel inaccesiblemente rosa
del jardín de la luz del mes de enero

que el laberinto de tus movimientos
y la tarde traslúcida y sinuosa
se esfuman en el fuego de los vientos.

II

Canta en el sol detrás de las persianas
un mirlo entre guirnaldas abstraído
como la intermitencia del sonido
del mar sobre las playas suburbanas.

Silenciosas, simétricas mañanas
y tardes de un calor desconocido,
¡con qué insidia después que alguien se ha ido
persisten las bellezas cotidianas!

Me exilaré en el rayo solitario
que penetra el cristal de tu retrato
con su fulgor de flor en un santuario,

junto al ángel ausente prisionero
del furor exterior verde e insensato
del mar y el aire de oro de febrero.

J. R. WILCOCK

NOTAS

A PROPÓSITO DE LA "GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE LA MUJER"

Un libro sobre la Mujer es una tarea arriesgada en estos momentos. Cada problema —es sabido— tiene su coyuntura histórica. ¿Acaso no ha pasado ya aquella en que la "cuestión feminista" fué debatida hasta la saciedad? ¿Acaso no está no sólo en el orden de las ideas, sino en el de la realidad cotidiana, resuelta para siempre?

Cada problema tiene su proceso: Desde los tímidos intentos en que se presenta por primera vez, hasta su completa liquidación —si esto cabe en los asuntos de los hombres— pasa por diferentes etapas. De todas ellas, la más visible e inquietante es esa en que llega el encono, en que la pasión interviene hasta el paroxismo, hasta que la realidad en cuestión cede y se modifica; después viene un período de quietud y relajamiento en la atención de las gentes, en que muchos creen que todo ha terminado. Y sin embargo el que llega después, pronto ve y padece que no se trataba sino de una pausa debida a la fatiga y a esa necesidad de asimilación que tienen la conciencia y aun más la llamada subconciencia; porque todo necesita del tiempo y él es nuestro dueño.

Así con la cuestión femenina. Tras del debate y la patética guerra feminista que estalló en el mundo Occidental tan paralelamente a la lucha de clases, ha sobrevenido este momento en que nos hemos encontrado viviendo las gentes de mi generación: ya estaba resuelto y hasta parecía un tanto extraño el que hubiese ocurrido tal debate. Y sin embargo, no era así. Es ahora, por el contrario, cuando la realidad social, política

y económica ha abierto un hueco a la mujer, acogiéndola en “igualdad de condiciones que al varón” —al menos aparentemente—, cuando se impone y se necesita esa claridad última que solamente surge cuando las cuestiones prácticas están resueltas. Es ahora, aprovechando la tregua, cuando se hace posible y necesario mirar detenida, objetivamente la cuestión.

El libro del escritor y hombre de ciencia español Gustavo Pittaluga¹ viene, pues, con esa característica de las obras hijas de la inteligencia y de la gracia: oportunamente. La cuestión, resuelta de hecho, necesita ser aclarada, porque además no estamos seguros de que esté resuelta. No lo estará, como las principales cuestiones de la historia, enteramente y menos aun, si conformándonos con los hechos, no intentamos una objetividad.

¿Habrá entrado la Mujer, es decir, la visión de la mujer por el hombre en la era de la objetividad? No podemos encararlo sin cierta melancolía. La objetividad adviene después de un desencanto. La realidad antes de constituirse en objeto ha sido enigma sagrado; como enigma huidizo, de cambiante rostro, de inaprehensible contorno; como sagrado, foco de actividad sin límites, ser escondido que sólo accede a revelarse a “este mundo” en momentos extraordinarios. Lo sagrado se hace accesible en la gracia de la revelación instantánea, que irrumpe en un fondo de misterio que la revelación nunca acaba de desvanecer. La mujer ha sido realidad sagrada —y por lo tanto maldita—, algo próximo y familiar que no acababa de pertenecer a este mundo. “Este mundo” es, claro está, el del hombre. Ella, por su parte, sentía vivir más allá del mundo a los hombres, a los que contemplaba con más silencio e ironía de lo que ellos solían, por su suerte, percibir. El Romanticismo, uno de cuyos misterios centrales ha sido el de la Mujer, fué, sin duda, el postrer

¹ GUSTAVO PITTALUGA: *Grandeza y Servidumbre de la mujer* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1946.)

momento de esta situación en que hombre y mujer eran radicalmente “el otro”, habitantes de diferentes planos de realidad. Después, con el Positivismo y la Revolución que ha removido todos los estratos de la vida humana, la Mujer desciende a este mundo. Al reclamar su derecho al trabajo, no hacía otra cosa que pedir su puesto en este mundo, en el mismo plano de realidad que el varón.

Y así, pasado el “desencanto” y acabada la lucha, el enigma se ha convertido en problema; es justamente el momento de plantearlo como lo ha hecho el Dr. Pittaluga, con una serenidad lograda un tanto por inhibición: inhibición ante la fuerza mágica de la mujer que —confiamos— no dejará de vivir de algún modo aun después de su plena instalación en “este mundo”.

Grandeza y Servidumbre de la Mujer lleva un subtítulo que define el tema del libro: *Situación de la Mujer en la Historia*: el primer título sería más bien el lema o el “leit-motiv”. Se trata, por tanto, de un libro de historia o más bien de Historiografía. Lo que se persigue no son hechos, sino algo mucho más delicado y difícil de captar y expresar: situaciones. Situaciones concretas de cada cambio histórico desde una genérica y más profunda: la de la mujer en toda la historia que se conoce.

Lo primero que debía hacer el autor era plantearse el problema esencial, no ya de la mujer en la Historia, sino de la Historia misma. Apoyándose en Dilthey y Vico mira el proceso histórico como un “fieri” y no como el conjunto de los hechos ya cumplidos y acabados. Y justamente ahí es donde reside para Pittaluga la causa de que no haya sido valorada, ni conocida, la participación de la mujer en el quehacer histórico. Un punto central, tratado en las primeras páginas, fundamento filosófico de la obra, es la crítica de la idea de “naturaleza humana”, cuyo contenido, “lo humano”, ha correspondido exclusivamente al varón. Según la idea de “naturaleza humana” solamente se hallaban las notas que corresponden a lo que el hombre —la mitad del género humano—

creía ser. Vista así la historia, resultaba imposible que apareciera la acción de la mujer. Se trata, pues, de sorprender, en esta historia hecha por hombres en su parte más visible y trascendente, la actuación de la mujer. Y lo que se desprende —no sólo de la Introducción, osamenta ideal del libro— es que la acción primera y primaria de la Mujer tiene lugar en el comienzo mismo de la Historia, en los primeros pasos en que el varón se desprende de la vida nebulosa “natural” para afirmarse en lo que tiene de peculiar y humano. De todo el libro del Dr. Pittaluga se deduce que es ella, la Mujer, la creadora, o por lo menos la nodriza de la humanidad del hombre, del hombre como ser específicamente distinto del animal. De nuevo está en el Génesis, también ahora en esta visión objetiva.

Y es la Historia considerada en su génesis la que permite y hace visible la acción creadora de la mujer. Y así en la Introducción se establece lo que, sin duda por un pudor muy latino, no se ha lanzado a nombrar “categorías” de la Historia. Quizá en este comedimiento haya actuado un tanto el hombre de ciencia que no quiere trascender demasiado las realidades. Pero le ha sido imposible rehuirlo y ahí están los trazos, las coordenadas de la Historia que hacen posible el conocimiento de la acción específica de la Mujer en ella. ¿Serán válidas nada más que para esa visión? De suceder así, quedaríamos con una historia tan parcial y mutilada como la otra, que sólo contaba las hazañas del protagonista varón. Por el contrario, esta tabla de categorías culmina en la “pareja humana”, cuya unidad es la verdadera protagonista de la historia.

Autenticidad, Tiempo y Destino son los puntos centrales. El primero se enlaza con el sentido de los Valores que preside la visión histórica de Pittaluga. La mujer aparece —y ésa es la mayor audacia, creemos, de su pensamiento— como percibiendo los valores, sugiriéndolos, haciéndolos triunfar; en suma, haciendo que se hagan realidad. La mujer es la mediadora entre el reino de los valores y la modesta realidad social

que se deja penetrar por ellos a través de los avatares y dramas de cada época. No sabemos que en el debate sobre la Teoría de los Valores, uno de los descubrimientos más decisivos de la filosofía contemporánea, nadie hubiera pensado en la mujer como agente más efectivo de su realización que alcanza tanta efectividad, no sólo por la riqueza de sus medios, sino por apego de su ser más íntimo, que corre parejo a su desinterés por las verdades.

La mujer percibe los valores y se desentiende de las verdades, cuya búsqueda ha sido la acción más masculina del varón, más exclusiva. La tesis que, a causa de la medida musical que preside el libro, no ha dado todas sus consecuencias, arroja una claridad deslumbrante sobre los enconos más profundos habidos entre el hombre y la mujer en nuestra cultura occidental. Así ha sido: el hombre se enamoró de la verdad, es decir, de la claridad y de la transparencia, de esa transmutación que la opaca realidad sufre cuando se reduce a objeto. Sócrates ha sido el más viril de los hombres, y su amor a la verdad sobre la vida ha irritado a la mujer representada, sin duda, por la sagacidad de Platón en esa esposa indomable, hostil a la vocación de un marido al que ama por encima de sí misma y cuya muerte debió parecerle sobre manera fatal. En su llanto desgarrado brotaba toda la desesperación de la mujer que ve al hombre tomar un camino estéril y doloroso, incomprensible; que lo siente enajenado de su regazo, irremisiblemente perdido para ella.

Nadie se ha apiadado del dolor de Xantipa y sin que el Dr. Pittaluga la nombre en esta ocasión, es a ella a quien vemos redimida, al fin, justificada. No la verdad, sino la vida, y los valores, esas difíciles realidades que esperan y reclaman ser realizadas. Por ellos la mujer es *auténtica* y no sincera y se hace justificable hasta el heroico fingimiento que defiende un último valor auténtico. Sí; pero... ¿No resulta acaso apresurado, parcialmente vitalista esta escisión y casi oposición de la Verdad y el Valor? La fría, clara, invulnerable verdad hallada

por la mente del varón, ¿no ha sido necesaria para la vida que, sin ella jamás hubiera alcanzado verdadera humanidad? ¿Puede extirparse el “logos” de la vida que llegó hasta a hacerse carne porque, ella, la carne, lo necesitaba para resucitar? ¿La razón no es también alimento de la vida? ¿Y no es por la verdad, por lo que la vida alcanza o llega a punto de alcanzar eso que es lo más humano de nuestra vida: la libertad?

Una de las más finas y hondas visiones del libro es la que se refiere al sentido del tiempo. Había yo tenido el privilegio de escucharlo en una Conferencia dada por el autor hace tres años en el Lyceum Femenino de la Habana. Y he de confesar que no había escuchado nada más penetrante en cuanto a la visión de la mujer.

El sentido del tiempo es lo que define al hombre como tal, su conciencia y sentir del tiempo. Encontrar la sutil diferencia de este sentir entre el hombre y la mujer será el modo más certero de definirla, a lo menos de hacerla visible. Le hubiera pedido al libro un desarrollo mayor en este punto tratado con tanta sutileza, verdadero diagnóstico del alma de la mujer. Según él aparece sumergida en un casi constante “éxtasis” pues no siente el “antes” y el “después” tan claramente como el hombre; su tiempo es un presente, pura actualidad, diríamos, más allá de la memoria y del olvido.

“Destino” se refiere a la actitud de la mujer ante la vida. Mientras el hombre *prevé* la mujer *presiente*, dice el autor, con innegable acierto. El hombre pretende conocer para dirigir; la mujer, presintiendo, opera desde dentro, logrando modificar el curso de los acontecimientos del modo más profundo. Y aquí se hace inteligible esa vocación femenina persistente: la pitonisa, adivina, la mujer que se relaciona con el hado de modo íntimo y obscuro: la eterna Casandra.

La tesis de Frobenius sobre “culturas masculinas y femeninas” es

examinada de modo perspicaz, situando en su verdadero valor, es decir, en el de los matices y variaciones, sin la pretensión de constituir bloques definidos, estructuras cerradas.

Lógicamente, la visión de la mujer alcanza todo su esplendor en los capítulos que tratan de los tiempos de génesis, primero en esa maravillosa aurora del género humano que es la Prehistoria. Capítulo este trazado con la más sabia arquitectura, en que con esa discreción que da el tono de todo el libro, se examinan las teorías acerca de la génesis del alma propiamente humana. Pues la cuestión que nos pone ante los ojos la Prehistoria, es una de las más turbadoras que se pueden presentar; “¿qué era el hombre antes de ser humano?” El alma prehistórica lleva consigo su mundo, es decir, sus creencias de modo más ligado que las Edades Históricas. Cuando el hombre ha llegado a su Edad Histórica se distingue nítidamente de su medio y entonces se puede decir “yo y mi circunstancia”. Pero el alma de los tiempos aurorales no se distingue de esa nebulosa que es su mundo; como las raíces de una planta que aun no ha erguido su tallo, tiene la tierra adherida hasta ser una con ella; vislumbrar en esa maraña es trabajo de escrutación delicada y más si se pretende captar en ella la acción creadora de la mujer.

Tarea difícil, de intuición comedida, sujeta a cautela. Y así presenta disimulando su originalidad la hipótesis de una Mitología prehistórica, en que capta un instante en que el alma se desprende de la magia y entra en la figuración creadora. La mujer aparece como la conductora del espíritu en estos tránsitos misteriosos y difíciles; la guía verdadera de este mundo subterráneo, tenebroso, que aspira a la claridad.

Otro momento de tránsito está tratado con idéntica maestría. Diríase que el autor posee una combinación de dotes felices para la comprensión de las épocas de metamorfosis en que el espíritu humano se

desprende de una forma y crea otra: agonía y resurrección, agonía verdadera con todos sus esplendores y riesgos. La mujer cobra toda su magnitud en esos momentos de metamorfosis para eclipsarse en los tiempos de orden y seguridad. Tal sucede en el bellísimo capítulo titulado “Nacimiento de una cultura, de una civilización y de una fe”. Y así la Mujer aparece a lo largo de todo el libro como una potencia, fuerza originaria, no cósmica, sino intermediaria que se revela y alcanza su valor en los momentos en que el hombre abandona un alma, un modo de ser para lanzarse hacia otro. La mujer desde más allá, desde “otro mundo” guía decisivamente las trasmutaciones de este mundo.

La imagen de una mujer mediadora, guía, se deduce del libro; no es una tesis, ni una *idea*, sino más bien una aparición que el lector encuentra en su ánimo una vez cerrado el libro. Aparición que muy pocas veces salta a la vista de un modo concreto, definido. Porque “Grandeza y Servidumbre de la Mujer” pertenece a esa especie de libros musicales en los que la medida lo es todo: es una obra con número y ritmo, y por tanto, algo secreta y misteriosa, cuyo sentido último está en la totalidad y en esos sutiles cambios de modalidad y tono; en los espacios vacíos también, en lo que no se dice, tanto como en lo que se manifiesta. A pesar de que lo sentimos así, hemos de notar ciertos silencios, y ausencias como ligeras fallas de una obra tan completa. Todas esas ausencias tienen lugar en los tiempos modernos, es decir a partir del Renacimiento. Diríase que el libro se precipita y empobrece. Y aunque hay una poderosa razón: la imagen de la Mujer que el autor ha sostenido sin descanso, a esa razón cabe presentar algunas razones.

La “grandeza” de la mujer culmina en la Edad Media; es ella, según el autor, la “Edad Heroica de la Mujer”. Y lo que no dice pero hace visible la Edad en que la mujer —contrariamente a lo que se cree—

ha estado más ligada al espíritu creador masculino, ha sido más su *igual*. Después del Renacimiento en que se recoge en algunas espléndidas figuras femeninas toda la fuerza y la gracia de esa "grandeza" que se extingue, llega el siglo diecisiete en que, dicho más por el silencio, queda de relieve el empezar la época de "servidumbre", de la mayor servidumbre, que se va acentuando tan sólo interrumpida por la situación de la Mujer en América, es decir en el "Nuevo Mundo". Pero si es así ¿qué significa este progresivo apagamiento de la grandeza de la mujer en los tiempos modernos? La gravedad estriba en que el autor no nos ofrece una fe última, un porvenir para la mujer, en que no aparece lo que la mujer vaya a ser en esta difícil etapa de su historia que coincide con la mayor turbiedad histórica que se haya conocido. No cabe duda que la mujer está en el umbral de un mundo nuevo en el cual ha de recoger todos los intentos frustrados, todo el fracaso, diríamos de cierto tipo de mujer habidos en otras épocas. La grandeza se realizó, pero ¿y el fracaso? No sabemos cómo el autor piensa y siente al respecto, pero pocas cosas pueden afirmar más la fe en un ser, en una cultura, como sus intentos fracasados, como los proyectos deshechos y abatidos, pues en ellos reside el germen de una nueva forma de vida que prematuramente cayó al suelo, y que puede y debe intentar su realización. Hubiésemos querido que el autor de un libro tan perspicaz y sabio —de vieja sabiduría— hubiera ido recogiendo a lo largo de sus páginas el fracaso de ciertas mujeres desventuradas, o mal entendidas, de ciertas figuras ambiguas o espléndidas que en su mismo esplendor comportaron un fracaso para lanzándolas al porvenir, recoger de ellas la fe en una mujer no habida del todo.

Ningún ser más fracasado que ciertos tipos de mujer, (en esto tenían razón las feministas); ningún ser más cargado de futuro por tanto. Y si el futuro de la especie no está en la Mujer, no reside en parte alguna. En esto sí que estamos de acuerdo con el sentido último del libro. Pero

si es así, y el autor ha tenido esa visión, delicada y tenazmente a lo largo de sus páginas, del laberinto intrincado de la historia, no apuntar al porvenir de la mujer, a la Mujer que ha de venir, es tanto como no apuntar al futuro del género humano.

Y es que hay un problema pavoroso que el autor ha soslayado: ¿puede la mujer ser "individuo" en la medida en que lo es el hombre? ¿Puede tener una vocación además de la vocación genérica sin contradecirla? ¿Puede una mujer, en suma, realizar la suprema y sagrada vocación de la Mujer siendo además una mujer atraída por una vocación determinada? ¿Puede unir en su ser la vocación de la Mujer con una de esas vocaciones que han absorbido y hecho la grandeza de algunos hombres: Filosofía, Poesía, Ciencia, es decir puede crear la Mujer sin dejar de serlo? El precio de la creación del hombre ha sido muy alto y sus condiciones muy rigurosas: soledad, angustia, sacrificio. La mujer ha ofrecido su sacrificio permanente sin traspasar el lindero de la "creación". ¿Le será permitido hacerlo; podrá arriesgarse en un nuevo sacrificio sin arriesgar la continuidad de la especie, sin dejar de ser la gran educadora y guía del hombre?

Tales son las interrogaciones que la lectura del libro "Grandeza y Servidumbre de la Mujer" deja en el ánimo. El que así suceda testifica la lealtad y lucidez de sus páginas, pues tales preguntas son las que acongojan el ánimo de cualquiera —varón o mujer— que mire con valor la realidad actual; son las incógnitas que la situación de la Mujer presenta en esta hora tan ambigua, problemática, de la Historia. El Dr. Pittaluga no las ha acometido de frente y pensamos que no sea por azar; tal vez se haya propuesto no apuntar tan siquiera al porvenir, presentar lúcidamente el pasado como un dato inevitable, como una llamada que la conciencia lúcida hace a la fe o a la desesperanza. Por ello es un libro típico de inteligencia y claridad, de esa luz que no ofusca

ni deslumbra y que se ha dejado caer suavemente sobre algo delicado en extremo: las entrañas de la Historia.

MARÍA ZAMBRANO

La Habana, 30 de agosto de 1946.

ITINERARIO DE POSTGUERRA

NO TODO ES MERCADO NEGRO EN FRANCIA

Cuanto puedan decir de malo de Francia en el extranjero es pálido comparado con la severidad que ponen los franceses para juzgar a su país. Hasta se podría decir que uno de los síntomas más graves del abatimiento en que se hunde la nación, es la insistencia del francés en hurgarse las heridas noche y día con una complacencia que raya en la manía. Se les ha metido en el alma un complejo de derrota y de pobreza que costará mucho desarraigar.

Victimarios y víctimas emplean igual lenguaje. Lo mismo el gran industrial que exporta sus capitales al extranjero, corrompe a los funcionarios, desvía los productos de sus fábricas hacia el mercado negro, que la dueña de casa amargada por seis años de privaciones, de remiendos, de colas interminables, de carreras agotadoras, o el campesino que prefiere engordar sus cerdos con trigo a venderlo al precio de la tasa, echan sobre los agobiados hombros de Francia el fardo de su descontento condensado en una fórmula común: “¡ese maldito mercado negro!”

Ese mercado negro que entra hasta tal punto en los cálculos de los extranjeros en trance de viaje a Francia, que se imaginan encontrar en cada transeúnte de París, en cada mozo de café un cambista que les dará una suma fabulosa de francos por un dólar americano y que al comprobar las mil precauciones con que se rodea el tráfico de divisa sienten el escozor de la decepción. Primero, porque han tenido que andar más de la cuenta para realizar el negocio, y luego, porque la cantidad de francos obtenida es inferior a su esperanza.

También es inferior a su esperanza el halago de comer, de beber, de vivir, en una palabra, que antaño ofrecía a sus huéspedes Francia “la douce”. Hotel caro,

comida cara, vino caro, calefacción escasa, ropa cara, taxis problemáticos y arbitrarios, oscuridad, ánimos abatidos y esa permanente sensación, molesta para algunos, agradable y excitante para otros, de incurrir en contrabando a la hora de almorzar, de cenar o de procurarse cigarrillos rubios a 180 francos el paquete.

No se me olvidará la expresión de santa cólera que se pintó en la cara de uno de esos matrimonios franceses, infinitamente viejos, infinitamente pobres, hoy casi mendigos a causa de la desvalorización de su mísera renta, cuando leyeron en la lista de un restaurant para ricos: "canapé de faisán: 600 frs." La mujer repitió dos veces en voz alta la suma fabulosa. El marido se caló las gafas para asegurarse de que no había error y ambos murmuraron meneando la cabeza: "Pauvre France..." Después se alejaron muy de prisa del antro de mercado negro, al que sólo debían tener acceso los especuladores y los traficantes, culpables de que ellos no pudiesen siquiera comprar aquello que les acuerda el racionamiento.

De haber seguido a mis dos viejos, es posible que hubiese llegado con ellos a una de esas fondas de barrio donde los parroquianos toman por todo almuerzo un tazón de sopa de legumbres, espesada con trozos del grueso pan moreno que traen en el bolsillo, sopa cuyo precio oscila entre cuatro y seis francos. Y si terminada la comida hubiese marchado con ellos a su casa, me habrían llevado a un pisito de dos habitaciones, modesto sin sordidez, entibiado por una estufa que sólo anda una parte del día. El resto de la jornada, para no agotar el escaso carbón del racionamiento, los dos viejecitos lo pasan en la sala común de la alcaldía del distrito. Ella, destejiendo una pañoleta que ya fué chaqueta dos veces, destinada probablemente a reencarnarse en calcetines o guantes. Él, leyendo hasta la última sílaba el diario que le prestó el portero.

Es difícil que los turistas ricos o los periodistas en trance de reportaje recorran las fondas pobres o las salas comunes de los ayuntamientos. Es raro también que tomen el "métro" a las seis de la mañana para mezclarse con la muchedumbre de obreros que acude a las fábricas. En una palabra, su existencia transcurre lejos de ese inmenso sector de la población que no trafica ni especula en el mercado negro. No se viene a Francia, ni siquiera en estos momentos, para someterse voluntariamente a la magra ración oficial. Pero sería bueno que los que pueden pagarse el canapé de faisán a 600 francos o la botella de champagne a mil quinientos, supiesen que los franceses con quienes se codean en las

mesas del restaurant o de la "boîte", no son todos los franceses sino una pequeña minoría.

El error que cometen hoy al echar sobre Francia entera el delito de mercado negro de lucro desmesurado y de corrupción, se parece mucho al que echaban a volar en tiempos pasados aquellos que llegaban a París en busca de sensaciones turbias, y al obtenerlas abundantemente, resolvían que en París no había sino depravación.

Sería puerilidad negar la existencia del mercado negro y la acción corruptora que ejerce sobre un número crecido de individuos desviados de una actividad de utilidad social por el estímulo de beneficios crecidos e inmediatos. Pero es también justicia reconocer que el grueso del ejército que maniobra en los atajos del mercado negro, no se recluta en las fábricas. Procede, en su inmensa mayoría, de un campo que ha estado siempre más cerca del delito que del trabajo. Es verdad que la guerra y la ocupación han ensanchado considerablemente las fronteras de ese campo, pero no tanto como para contaminar la médula del país, la gran masa de trabajadores que reconstruye los puentes en plazos inferiores a los previstos, tiende cables de alta tensión o repara barcos y trenes.

En Francia hay mercado negro, y mucho: de acuerdo. Pero también hay una muchachita rubia que ha cargado los modestos enseres de su cuarto de obrera o de estudiante en un remolque atado a su bicicleta y tira de ambos en la cuesta de una calle pina resbaladiza de escarcha.

Hay también un mozo de cuerda que se cuelga del cuello dos pesadas maletas, trepa con ellas las interminables escaleras del subterráneo, las descende, se mete por un laberinto de callejuelas, sube hasta el sexto piso y recibe por su dura faena ciento cincuenta francos. Ese mozo de cuerda viste en pleno invierno un traje de trabajo azul casi transparente a fuerza de delgado, tan lleno de remiendos que parece un traje de teatro.

También hay —yo lo he visto en El Havre— un buzo que se queda inmóvil mientras sus compañeros atornillan cuidadosamente la escafandra que le disfraza de monstruo, y después, un paso tras otro, entra en el mar, igual que los buzos de las leyendas, con el mismo cuchillo atado a la cintura que hemos visto en los grabados, con el ventanuco que da a sus ojos rigidez de ojos de pulpo o calamar, con las manoplas tiesas, los pies chatos y su cabeza redonda remachada en el cuello. Cuando regresa de su excursión submarina se queda todavía un largo instante dentro de sus avíos de monstruo. Después, muy lentamente, le abren

el ventanuco de los ojos. Y con la misma lentitud le van desatornillando la cabezota redonda de su coraza. La cabeza humana que emerge se pone a respirar con mucho tiento el aire directo del mundo sólido.

Y en el fondo de un cuarto que mira al cielo por un tragaluz, hay en París un artesano que lleva cincuenta años tallando títeres hirsutos y despavoridos. De las manos nudosas del viejo salen Guignol y el gendarme igualmente torvos y amenazadores. El olor de la cola y de las sopas magras se funden en un tufo espeso que envuelve al viejo artesano como en una salsa vetusta y pegajosa. Los muñecos que nos llevamos de su guarida, tienen, a guisa de firma, ese olor insidioso y tenaz pegado en la estopa de sus bigotes y en el lienzo burdo de su vestido de títere.

¿Sólo hay en Francia una muchachita rubia, un mozo de cuerda, un buzo y un fabricante de marionetas que viven al margen del mercado negro?, me dirán con sorna los coleccionistas de datos negativos.

Y yo, coleccionista de datos positivos, les contestaré que mis ejemplares puros bien valen los impuros que ellos encuentran en su camino. Y que si con los de su cosecha ellos construyen una teoría de la perdición de Francia, yo, con los míos, sigo manteniendo intacta la confianza que me inspira el porvenir de Francia.

MIKA ETCHEBEHERE

P. S. En mi Arca de Noé hay un miembro nuevo. Se llama Mademoiselle Coquantil. Tiene el pelo rubio, las mejillas muy rosadas y manos tan ásperas como el papel de lija. Llegó detrás de mí al bazar donde compré esta mañana un litro de alcohol y uno de kerosén y encontró el billete de mil francos que se cayó de mi portamonedas en el momento de pagar. Cuando comprobé la pérdida del dinero, retorné a dos comercios donde había estado por la mañana. Al bazar volví al anocheecer, sin gran esperanza. Después de someterme a un prolijo interrogatorio, el dueño me dió la dirección de Mademoiselle Coquantil. Un poco confusa por obligarla a bajar de su sexto piso, le expliqué que aun cuando la suma no era fabulosa, resultaba importante para un modesto presupuesto. Ella convino sonriente en que mil francos eran una crecida cantidad: "Yo tengo que trabajar una semana para ganarlos", dijo tendiéndome su manecita dura de obrera metalúrgica.

Libros

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: *Sarmiento* (Editorial Argos, Buenos Aires, 1946).

Quizá sea indispensable haber tratado a Ezequiel Martínez Estrada, haber estrechado la mano de este hombre lleno de delicadeza, de finura, ser amigo suyo, apreciar la forma de su suave cortesía y conocer casi al tacto la sutileza de su espíritu, para comprender cabalmente un libro tan desprovisto de circunspección como el *Sarmiento* que acaba de publicar. Porque su violencia ni es desafuero, ni responde a intemperancia alguna. Se trata, sí, de un libro áspero, implacable, ardiente, iracundo. Pero ese ardor es el de las verdades que queman a quien las posee, y esta ira, una cólera santa, la indignación del caballero, donde la pasión nace del deber, y lo cumple. Lo cumple, a todo riesgo.

Basta echar una mirada alrededor, considerar la falsificación insidiosa en que han venido cayendo todos los valores espirituales del país, para darse cuenta de cuál ha sido el deber que llevó la pluma de Martínez Estrada a redactar este libro excepcional, y cuáles son los objetivos de altísima política a que con él apunta. Héroes, próceres, fundadores y, con ellos, también las instituciones, también las ideas, los hechos mismos de la historia, todo cuanto inviste un sentido en la vida nacional, lejos de mantenerse operante en la comunidad, como es lo normal y sano, mediante una funcionalidad entrañada que implica revisión continua y siempre renovada polémica acerca del bien común, se ha ido desecando, convirtiéndose en puro símbolo —lo que es decir: se ha esterilizado— hasta ahogar casi las conciencias bajo una balumba insoportable de frases hechas y castilletes de percalina. Una espesa beatería recubre y domina a los valores comunes haciendo de ellos simples valores entendidos, meros convencionalismos, en los que nadie se atreve a tocar y que nadie consiente en examinar, tal vez porque sirven de capa y cómoda cobertura a toda clase de intereses privados, y por cuya

virtud el *mínimum* inexcusable de preocupación pública queda reducido y encajado en las formas de un vacío ritual. Dijérase que una inmensa y siniestra conjura de usurpadores prosigue sin fe un culto ajeno, extremando a términos de caricatura el ejercicio de sus ceremonias. Y todavía en los últimos años esta morbosa decadencia del espíritu público ha venido a cumplir una última fase, repercusión de las convulsiones en que nuestra época se agita: sin romper la costra del convencionalismo, sin abandono de la beatería, las crudas discordias de un mundo político en descomposición se han introducido en la organización del fingido culto, de manera tal que grupos movidos por intereses y apetitos ajenos en verdad a la tradición nacional, pero simulando reforzarla a lo energúmeno con la desinencia en "ista", irrumpieron trayendo en andas sospechosos íconos a cuyo amparo vilipendiar las grandes figuras —y muy destacadamente, la de Sarmiento— constitutivas de aquella tradición. Así, con el aire abominable y turbio de crimen en una mascarada, las tendencias en pugna han forcejeado alevosa, hipócritamente, no diciendo nadie lo que de veras quería, tratando de confundir unos y otros con sus respectivas invocaciones de celosísima ortodoxia...

En tales circunstancias, el acento sincero —es su sinceridad, precisamente, lo que ahí choca—, el espíritu encendido del buen ciudadano, nos ofrece en el nuevo libro de Martínez Estrada un Sarmiento polémico, problemático, con su grandeza y también con sus fallas, con esas incongruencias de lo real y viviente que, en vez de aniquilarlo, confirman su entidad vital. Es decir: un Sarmiento discutible, más aún: discutido, pero muy distinto del pedante gruñón de escayola que ha solido dársenos como imagen entronizada de la infalibilidad sabihonda. Un Sarmiento, además, visto y comprendido en función de la realidad del país, de la que su singular personalidad fué producto y contra la que tan duramente hubo de debatirse su individuo. En consecuencia, el admirable libro es tanto un estudio de la figura de Sarmiento como un escrutinio en profundidad del cuerpo social argentino destinado a retratar la fisonomía del país según sus rasgos más persistentes y característicos, —característicos, por más persistentes. Realiza, pues, aquella obra de revisión integradora en que las comunidades políticas se hacen y rehacen cada día cuando su desenvolvimiento es sano y normal.

Las ideas cardinales sobre que articula Martínez Estrada su teoría-clave de la vida nacional argentina recogen el dualismo que el propio Sarmiento acentuara con tanto vigor bajo el contraste conceptual de *civilización* y *barbarie*; pero, por una parte, corrigen la tosca simplicidad de los términos contrapuestos en la ideo-

logía de Sarmiento— cuyos orígenes intelectuales no es cuestión de desentrañar aquí—, y por otra parte, los proyecta con notable sagacidad y conocimiento de causa sobre el panorama amplio del mundo hispano, enlazando la dinámica histórico-social argentina con la española en un modo que recuerda la tesis fundamental de Francisco Ramos Mejía, por más que el escritor de hoy alcance inmediatas evidencias sin el lastre de un aparato científico ambicioso, y que sobre todo, traiga el planteamiento a las circunstancias actuales, con todas las consecuencias implícitas en semejante renovación...

No pretende esta nota exponer, analizar ni discutir la interpretación rendida por Martínez Estrada en las páginas de su breve y vibrante libro, la mayor parte de cuyas afirmaciones reclaman de mi adhesión plena y, todas ellas, un interés apasionado. Quiero tan sólo ponderar aquí su significado de verdadero acontecimiento espiritual en momentos, como los actuales, críticos en grado sumo. Grave síntoma sería que, alrededor suyo —y ¿qué mejor base?— no se entablara a la hora presente un gran debate público acerca de los destinos de la comunidad nacional argentina, comunidad que, en cualquier caso, está abocada a influir intensamente, para bien o para mal, sobre la suerte inmediata del mundo hispánico en su conjunto.

FRANCISCO AYALA

GUSTAVE DORET: *Temps et contretemps*. (Fribourg, Éditions de la Librairie de l'Université, 1942).

Gustave Doret, muerto en 1943 en Lausanne, fué un compositor distinguido y un destacado director de orquesta. Estrenó *L'après midi d'un faune*; escribió dos veces (en 1905 y 1927) la partitura musical para la *Fête des vigneronns vaudois*; se ocupó activamente del canto popular suizo y redactó varios libros sobre cuestiones musicales; su ópera *Les armaillis* se mantiene en el repertorio de la *Opéra comique* de París¹, teatro en el que sucedió a Messager como director de orquesta; contribuyó a la difusión de la música francesa en varios países europeos; fué

¹ Véase MARCEL SÉNÉCHAUD, *Le répertoire lyrique*, París, Payot, 1946.

condecorado por el gobierno francés y nombrado miembro del *Institut*; hasta encontró un título seductor para sus desconsideradas memorias. Pocos libros son, en verdad, tan pesados como estas quinientas páginas que no excluyen reiteradas repeticiones ni patéticos lugares comunes y sólo de tarde en tarde se van alumbrando, las últimas, con “el recuerdo de los desaparecidos, cada vez más numerosos”, que nos vuelve a la memoria que el autor es un hombre, y que pasó por el mundo para ser visitado por la muerte. Todo el resto es desalentador. Doret, revolucionario moderado, se sobrevivió como un conservador moderadamente razonable: Stravinsky aparece sólo en su recuerdo para ser alabado por su postizo neoclasicismo; Milhaud y los suyos por haber celebrado a Verdi y a Thomas; Satie para ser palmoteado con la desdeñosa condescendencia de un jefe de oficina; Ravel para celebrar necrológicamente la claridad de su música, “aimez-la ou ne l'aimez pas”; en una palabra, Saint-Saëns nos espera muchas más veces que Debussy a lo largo del libro, y no sólo por circunstancias en cierto modo independientes de su respectivo valor musical, sino casi como consecuencia de una elección estimativa ².

En resumen, las opiniones musicales de Gustave Doret no estarían muy lejos de las que Aloys Fornerod expresa en *Les tendances de la musique moderne* (1924), librito lamentable a pesar de algunos aciertos parciales, donde se confunden con la música otras diversas actividades; de ser muy distinto su parecer, Doret no habría aceptado la dedicatoria del opúsculo. No incumbe quizá a la crítica musical analizar las privadas opiniones políticas de un compositor; sí al comentar de un libro de memorias el lamentar las más o menos ocultas simpatías que desde la página 350 hasta el año 1941 van aumentando la intransitabilidad de estos *Tiempos y contratiempos*.

DANIEL DEVOTO

² No deja de ser curioso que Doret, tan amigo de Saint-Saëns, relate una anécdota de éste con Gounod, agregando (pág. 366): “L'anecdote, je crois, est peu connue. Elle me fut contée par Saint-Saëns lui-même...” Saint-Saëns se la contó a muchos: ¡como que la incluyó en su libro *Portraits et souvenirs*!

GIOVANNI SCHIAPARELLI, *La Astronomía en el Antiguo Testamento* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1945).

PHILIPP FRANK, *Entre la física y la filosofía* (Editorial Losada, Bs. As., 1945).

Estos dos nuevos volúmenes de la *Biblioteca Teoría e Historia de las Ciencias* son: de carácter histórico el primero, epistemológico el segundo.

El libro de Schiaparelli, al que precede una *Autobiografía* del autor, se ocupa, con simpatía y erudición, de las nociones y noticias de índole astronómica que figuran en el Antiguo Testamento.

La observación y estudio del cielo y de los fenómenos celestes no atrajo al pueblo de Israel, sobre todo al advertir que sus vecinos de la Mesopotamia habían pasado de la astrología a la astrolatría; y nada era más abominable, para su monoteísmo, que el culto de los astros, más detestado aún que los mismos cultos de Baal y Moloch. No obstante, en esas noticias astronómicas, pueden observarse influencias fenicias, a causa del comercio marítimo, y babilonias, en especial después del tiempo del cautiverio, en que el pueblo hebreo se encontró como perdido entre las gentes de la Mesopotamia.

Las nociones cosmográficas y astronómicas son superficiales y primitivas: la tierra plana, con el firmamento en la parte superior, y los abismos en la parte inferior; más allá del firmamento se reconocen, además del sol y la luna, algunos planetas, probablemente Venus y Saturno y, entre las estrellas, algunas constelaciones no bien identificadas.

La mitad del estudio de Schiaparelli se dedica a la división del tiempo entre los hebreos: días, semanas, meses y años. Desfilan y se estudian: la costumbre de iniciar el día por la tarde, cuando se hace aparente la luna en el crepúsculo vespertino; la institución del "sábado", para jalonar y separar las semanas, y que, probablemente de origen hebreo, data de hace unos 3.000 años; la iniciación de los meses lunares con la presentación de la lúnula del disco lunar en el novilunio aparente; y las vicisitudes e historia del año lunisolar israelita y del nombre de sus meses.

El libro de Frank es una colección de artículos del autor aparecidos entre 1908 y 1938 en varias revistas y publicaciones europeas, precedida por una introducción en la que el autor expresa que con este libro se propone, en primer

lugar, indicar cómo deben ser comprendidos los principios de la física moderna dentro de la misma ciencia y mostrar así cómo no puede llegarse a ninguna interpretación errónea de la física en favor de una metafísica materialista o de una metafísica espiritualista; y, en segundo lugar, contribuir a la historia y evolución del movimiento denominado "empirismo lógico", del cual el autor es uno de los integrantes.

JOSÉ BABINI

ÉMILE BOREL, *El azar. Descubrimiento, aplicación y valor de las leyes del azar* (Ediciones del Tridente, Buenos Aires, 1945).

El libro de Borel es, en verdad, un tratado elemental (vale decir desprovisto de todo instrumental matemático) de cálculo de las probabilidades, con una reseña de las aplicaciones de ese cálculo a cuestiones de sociología, biología, física y matemática; enriquecido con varios capítulos, probablemente los más interesantes del libro, sobre el valor práctico, científico y filosófico de las llamadas leyes del azar, y todo expuesto con la claridad de una mente matemática como la de Borel.

J. B.

ANDRÉ GIDE: *Thésée*. (*Nouvelle Revue Française*, 1946). —

En un breve relato cuenta André Gide la vida de Teseo, el fundador de Atenas, el vencedor del Minotauro. En pocos capítulos, con una celeridad que no renuncia a las insinuaciones ocasionales, narra el mismo Teseo su vida rotunda y despreocupada, describe sin demoras los episodios que le dieron gloria, los que le valieron reproches. Mujeres seducidas, malhechores derrotados, la gran hazaña del laberinto, el gobierno del Ática, la tragedia familiar, el encuentro con el tebano Edipo, pasan sin complacencia por la memoria de este príncipe, que siempre está al comienzo de una nueva aventura, olvidado de la precedente. "Hércules, después de sus hazañas, estaba un poco triste. Lo que me gusta en ti es la alegría" —dice Dédalo a Teseo. Pues nada logra debilitar a Teseo o llevarlo hacia una conciencia morosa, ni siquiera la muerte de su padre, que él provoca, o el abandono de la mujer que lo ha salvado del laberinto de Creta. Los escrúpulos no amargan sus placeres, en los cuales tampoco se detiene; no hacen mella en su temple. Ni ambicioso ni sensual, Teseo sólo descansa en el ejercicio

no trabado de sus energías, dirigidas hacia nuevos objetos, que pueden ser los propios apetitos o la grandeza de la democracia ateniense. El escrúpulo, esa tortura cristiana que la Antigüedad no conoció, respeta su agilidad. Teseo es alegre y útil: Gide parece presentarlo como un carácter ejemplar, con esa benevolencia romántica que tienen los intelectuales por los hombres de acción, dirigidos como flechas hacia sus fines.

Sin embargo, el mito de este héroe, tal como lo hace ver Gide, no parece exaltar la energía antigua, sino ser un paradigma moralizante —un poco a la manera de las fábulas irreverentes de Voltaire— que encarna una de las convicciones más amadas de Gide: empieza de nuevo, sin apoyarte en lo que has hecho. ¿No es este principio el que lleva al autor a escribir el nuevo libro que defrauda a los admiradores del libro previo? ¿A sostener una tesis divergente de la que ha defendido, como para hacer justicia a la parte suya que no aprobó antes, y que ahora impone sus derechos?

Nietzsche se llama a sí mismo el Don Juan de la filosofía, y Gide ha adoptado su inconstancia en la literatura, con más medida y menos pasión, como quien hace justicia. Este Teseo vigoroso y liviano tiene el tono peculiar del moralismo francés y los abismos a que se asoma el mito griego no aparecen aquí más que de pasada, hacia el final, cuando Edipo se enfrenta con el rey de Atenas. Por cierto, esta escena tiene un peso distinto del resto y termina iniciando al relato en una gravedad que no se resuelve. Además, las consideraciones hondas de Edipo tienen la agraciada exactitud que Gide alcanza cuando delimita los matices de sus ideas y sus sentimientos. ¿Es esto griego? Claro que no, pero sin duda Gide no busca eso, y hay que situar a su obra en ese género tradicional que emplea a la Antigüedad o a los países orientales como material para críticas sutiles de la actualidad histórica, o simplemente para exponer problemas morales. Apología de la ligereza y del esfuerzo renovado. ¿No es ésta la gran enseñanza de André Gide como prosista? Una aproximación a cada problema que se resuelve en una frase incisiva y muy ajustada. Luego, se pasa a otro asunto, sin insistencias. El ajustamiento ha de ser muy exacto, pues lo que importa aquí es la realidad, la naturaleza misma, infinitamente compleja, que se pretende reflejar sin generalizaciones. Hay en Gide mucho de hombre de ciencia, nada de filósofo. Este enfrentarse perenne con la realidad para decir lo que ella es ¿no es la actitud de un naturalista? Conquistar y pasar a otra cosa. Lo que hace Teseo con las mujeres es lo mismo que hace Gide con sus problemas. Y

es esta aplicación, este esfuerzo incesante, que vuelve considerable la más insignificante de sus palabras. Dada la actitud de Gide, es natural que estemos sedientos de lo que tiene que decir sobre cualquier problema, pues sabemos que no deduce, que es infinitamente respetuoso de lo que observa, que empieza eternamente de nuevo, sin acostumbrarse.

Sin embargo, hay un punto en que su ecuanimidad no es convincente. Cuando se venga de la moral corriente, cuando se burla del misticismo, de los sentimentalismos eróticos de esas mujeres confusas o insistentes (Pasifae y su hija), ¿no es esta burla como el reverso del débil sentimentalismo que se conmueve ante sus contratiempos? Y la burla es incisiva porque parece conocer muy bien el sentimiento que motiva su crueldad. Ariadna con su ovillo, Pasifae con su panteísmo emprendedor, pretenden retener a Teseo. El laberinto donde se debate la imagen eternamente renacida de Ícaro, con sus placeres enervantes y sus tentaciones, es una amplificación de las situaciones en que ya se ha visto envuelto el héroe, y de las cuales ha salido triunfante. La perseverancia humana y la confianza en el propio instinto vencen. Lo importante es pasar a otra cosa y estar dispuesto a una nueva empresa.

A Gide le ha gustado siempre oponerse a las corrientes superficiales de la opinión. Este hombre que ha suscitado decenas de libros críticos, panegíricos o diatribas con interpretaciones trascendentes desdén la crítica con una seriedad que tiene el efecto de excitarla infinitamente. (Nadie más cortejado que él por ese catolicismo literario francés que ha empleado todos los medios halagadores de la anexión: la lisonja, la publicidad, la comprensión más sutil de las inclinaciones de Gide, la ternura materna de un dogma afinado por la gracia y la cortesía). A él no le desagrade defraudar la expectación del momento, y justamente cuando el público reparte sus preferencias entre los libros que ofrecen consuelos trascendentes o excitaciones fugaces, cuando la dureza de los tiempos lleva a la religión o a la búsqueda desenfrenada de placeres, cuando todo el prestigio recae sobre los mundos invisibles, misteriosamente alimentados, de la religión y del vicio, Gide ofrece un librito irreverente, un magro relato dieciochesco que se burla de la sensualidad morosa, exalta la moral democrática y parece aprobar la urgencia sexual sin complicaciones. ¿Qué se propone? Contradecir, decepcionar, pero también aleccionar. Ser para sus lectores lo que es la naturaleza para los hombres que ven corregidos sus deseos por ella: siempre un poco distinta de lo que prevemos y nunca consoladora para quien busca consuelo para sus te-

mores. La Naturaleza no nos acompaña ni nos refuerza más que cuando somos una de sus fuerzas. Tenemos que descubrir antes de elegir, saber qué somos dentro de un plan amplio, no a quien debemos fijar. ¿No quiere Gide ser para sus semejantes lo que la Naturaleza parece a un hombre solo: un enigma que presenta sucesivos aspectos claros y dibujados, sin cesar, diversos? Gide ha querido ocupar este sublime puesto, y adopta la contradicción, el cambio, la inescrupulosidad, la firmeza y la sinuosidad de la naturaleza. Pues su sinuosidad no quiere ocultar lo que puede conocerse, y es un modo de ser fiel a lo más permanente: lo que se opone a nuestros sentimentalismos y existe aunque no nos guste, lo que nos muestra lo contrario de lo que somos. La indiferencia de la naturaleza empieza por dolernos: acaba por maravillarnos y hasta por parecernos ejemplar para nuestras propias vidas. ¿Es un mérito la falta de escrúpulos de Teseo al abandonar a Ariadna en Naxos? El problema llega a plantearse tarde para Teseo, que se justifica señalando que en la capacidad creadora del sufrimiento está ya la recompensa de una joven literaria y cargosa, como es Ariadna. Teseo no es piadoso y sugiere que el misticismo es una forma de mentirse (Pasifae) o de perderse (Ícaro) o de enneguercerse (Edipo). Se compara con éste, que llega a Atenas conducido por sus hijas, viejo y ciego. El gran Edipo, que Teseo tiene por su igual, ha destruído el mundo que tenía ante los ojos a fuerza de interrogar a los dioses y de abismarse en las profundidades sobrenaturales. Teseo no se ha enfrentado con dioses: ha ido adonde su instinto lo llevaba, ha sido un hombre entre los hombres. Triunfa. Funda Atenas, y sólo se detiene a dialogar con Edipo para conseguir que éste permanezca en la ciudad, y que sus restos honren al Ática.

El carácter del personaje y el movimiento del lenguaje que lo revela son acordes. El ataque de Gide a las ideas y juicios hechos obtiene en el terreno del lenguaje su victoria decisiva. Triunfo de una nueva simplicidad que busca lo verdadero y lo encuentra en una tenue pero esencial desviación de lo convenido. La sutileza de estos movimientos provienen del reconocimiento de todas las voces que en nosotros se hacen oír. Esta prosa es estricta y necesaria como el paso de Teseo. Cierta maldad atrayente la inspira, una intencionada falta de piedad y hondura. *Thésée* es la obra de una vejez muy rica que prefiere ver los problemas en forma linear, desde una distancia que deja distinguir la solución enérgica, pero apenas deja reconocer la antigua y oscura experiencia.

PATRICIO CANTO

JEAN MASSIN: *Baudelaire entre Dieu et Satan.*

En la dedicatoria a Jacques Gomel —larga dedicatoria a modo de prefacio— Jean Massin dice, al comienzo del segundo párrafo: “J’avais eu envie, tout d’abord, d’écrire un avant-propos qui eût débuté ainsi: “Je supplie qu’on ne simplifie pas ce livre” y desiste de ello por considerarlo pretencioso e inútil.

No me encuentro en posesión del optimismo necesario para rebatirle lo segundo, pero, en cuanto a lo primero, afirmo que tal súplica, lejos de ser pretenciosa, es infinitamente humilde, *infinita y ambiciosamente* humilde. Con ella pretende únicamente Jean Massin advertir al lector que la complejidad del tema es infinita, y que la exégesis más ambiciosa que se pueda concebir de la obra de Baudelaire, la exégesis que lograrse difundir a los cuatro vientos un polen de meditación, seguiría quedando simpiternamente inconclusa.

Este libro sólo se puede glosar empleando el mismo procedimiento que el autor ha seguido al componerlo: recoger datos en la obra de Baudelaire con perseverancia, con inteligencia y con amor sobre todo; realizarlos, ponerlos a la luz en algunas de sus posibles perspectivas, sabiendo bien que son sólo *algunas* y que la luz a que hay que exponerlos tiene que ser de incontestable inteligencia, de rigurosa honestidad y, repito y encarezco, de amor ante todo.

El único y exclusivo propósito de Jean Massin en este libro “consistait à dégager la pensée religieuse de Baudelaire, et à la situer par rapport au catholicisme”. A través de 330 páginas, ni un solo párrafo de literatura; ni una sola vez cede el autor a la tentación de extenderse en la más leve disquisición estética, política o moral, ni un momento deja de atenerse a destacar el pensamiento religioso de Baudelaire que —superfluo es decirlo— está laberínticamente entremezclado a todos esos elementos por su parte ideal, intelectual, y sustancialmente infuso en todo lo que se relacione con ellos por su parte pasional, humana.

“Les catholiques savent aujourd’hui qu’il y a dans l’oeuvre baudelairienne quelque chose qui s’adresse à eux; bien plus, quelque chose qui vient de chez eux, qui leur appartient” Evidentemente lo sabemos a ciencia cierta, pero los católicos no podemos resignarnos a que esta evidencia sea enturbiada, a veces

por opiniones no católicas¹, a veces por la torpeza bien intencionada de los que intentan la "canonisation de Saint Charles Baudelaire". Por lo tanto, es preciso discriminar cada una de sus frases, compararlas unas con otras y abundar en todos los trabajos deductivos que puedan aclararlas. Sobre todo es preciso oírlos, escuchar sus ecos abismales y transcribirlos en lenguaje claro y razonable.

"Par quel décret cependant peut-on déterminer les idées centrales, le thème crucial d'un penseur? Cette opération, qui apparaît rigoureusement nécessaire si on désire contempler autre chose que de poussières d'instantanés épars, *disjecta membra poetae*, cette opération qui semble aller de soi au critique, comment se dissimuler l'arbitraire qu'elle comporte, et que les plus scrupuleuses vérifications ne pouvant tout à fait supprimer? Au moins elle peut demeurer légitime, si l'ou garde sont caractère hypothétique toujours présent à la pensée."

Al coordinar unos cuantos puntos fundamentales del pensamiento religioso de Baudelaire, quedan señalados por Jean Massin algunos otros, meramente morales, que sirven para sustentar la autenticidad de los anteriores y para justificar sus peculiaridades. "Ce qui constitue justement l'originalité de Baudelaire en son temps, et la santé de son esprit, c'est d'avoir nettement vu que *l'intelligence est irremplaçable*." "Plus encore que le mensonge des choses il redoute la complicité possible de son coeur." "Il ne doute pas de la valeur de l'or mais de la justice de la balance." Testimonio de esto es la carta a su madre del 20 de diciembre de 1855: "Toutes les fois que je sens quelque chose vivement, la peur d'en exagérer l'expression me force à dire cette chose le plus froidement que je peux."

También recurre a las manifestaciones explícitas del mismo Baudelaire. "On voudra bien me pardonner si je ne cite pas ici les passages où Baudelaire nomme Dieu; il y faudrait un autre volume"; recogiendo sólo unos cuantos párrafos incontestables "il semble à chaque instant nous inviter à coller sur son oeuvre sans plus de reticences l'étiquette de catholique. *Notre religion, nous autres catholiques*, dit il à maintes reprises dans ses oeuvres de critiques". Si Baudelaire habla de Delacroix, de Wágner o de Víctor Hugo, juzga sus obras desde el punto de vista cristiano que confiesa como suyo. Igualmente en la

¹ Esta repulsa a las opiniones no católicas podrá parecer a muchos una explosión de negro sectarismo. Nada de eso: Expresa únicamente la voluntad de una rigurosa disciplina espiritual (a cualquier técnico esto le es permitido) y sobre todo el natural horror a la desafinación.

moral sobre el Haschich de los *Paraísos artificiales*, y cuando se queja a su madre del juicio del abate Cardinne sobre las *Flores del mal* exclama: "Il n'a même pas compris que le livre partait d'une idée catholique." En la carta a Alphonse Calonne donde le anuncia el envío de nuevos poemas de las *Flores del mal* señala: "Les protestants constateront avec douleur que je suis un catholique incorrigible."

Después de este breve recuento de confesiones manifiestas, Jean Massin concluye: "Moins que personne Baudelaire n'aurait tenté de se faire passer pour le modèle des chrétiens dans sa vie morale. Mais en tant que penseur, il s'est voulu consciemment catholique, et s'est cru irréprochablement orthodoxe."

El examen por cuenta propia lo empieza en esta forma: "Ce n'est nullement pour annexer Baudelaire au Christianisme que j'insiste de la sorte. Il ne faut pas davantage trahir le Christianisme que Baudelaire en étudiant leur rencontre. Je ne prétends pas même montrer chez Baudelaire un équilibre entre Pascal et Saint François de Sales. Je veux dire seulement que réduire tout le christianisme de Baudelaire à la notion de péché originel, c'est ne rien comprendre à Baudelaire." "Il y a chez Baudelaire une notion centrale de péché originel et actuel, que est chrétienne. Il n'y a pas chez lui à beaucoup près, il faudra le redire bientôt, une notion de Rédemption aussi nettement marquée, aussi vitalement efficace; c'est pourquoi nul n'aura l'idée saugrenue d'en faire un "humaniste dévot" et il serait quelque peu aventureux même de le choisir pour guide en vie chrétienne. Mais il y a chez lui du moins au départ un optimiste et un enthousiaste de la vie qui ne consentira jamais tout à fait à disparaître. Et cela aussi est chrétien. D'un christianisme sujet à déviation, certes, autant et plus peut-être qu'un christianisme centré sur les abîmes de l'enfer, mais enfin, d'un christianisme indéniable. Plus exactement ce qui me semble tout chrétien, très sainement chrétien, nullement janséniste ou calviniste c'est la coïncidence, la simultanité de ce double postulat à l'énoncé duquel nous allons en venir: "l'horreur de la vie et l'extase de la vie". Celui qui nous déclare que "les choses de la terre n'existent que bien peu" qui chante "le goût du néant" n'oublions jamais qu'il est aussi éméché "du désir immortel de se sentir vivre".

Este largo pasaje informa suficientemente sobre el catolicismo que Jean Massin busca en Baudelaire y sobre su manera de buscarlo. Las dos cosas quedan confirmadas al realzar después el párrafo más dramáticamente reversible de *Mon coeur mis à nu* "Il y a dans tout homme, à toute heure, deux postulations simultanées: l'une vers Dieu, l'autre vers Satan".

El cristianismo —*agónico* tenemos que decir en español— de Baudelaire no queda maculado ni relajado a pesar de reflejar implacablemente la forzosidad de la caída. “Car une chute est un événement bien regrettable dans une vie humaine, et dix chutes, mille chutes encore bien plus. Mais una chute et même mille chutes ne prouvent pas que le constant désir d’un homme soit de tomber, surtout s’il se relève après chacune.”

Es preciso señalar que la alternación del bien y el mal sólo mantiene su aterradora ponderación en la obra poética de Baudelaire en la que la voz de los sentidos no puede ser acallada. En su obra crítica es clara y casi jamás interrumpida la línea de su aspiración a la virtud. Flaubert le *reprocha* en una carta tanta moral en el libro del Haschich, tanta insistencia “sur *l’Esprit du Mal*”. “C’est dans cette même étude sur *Les Paradis artificiels*, où il n’a jamais été plus lucidement chrétien, que Baudelaire dénoncera le péché par excellence, celui-là même que Satan offrait à Eve: se faire soi-même un Dieu par ses propres forces.” Una repulsión tan violenta a la deificación del hombre, una repugnancia tan invencible por el error, por el espejismo de cualquier embriaguez —para el vino y las drogas cierta benevolencia, cierto reconocimiento de su hechizo: ni la menor tolerancia para la embriaguez de las ideas— es lo que le opone diametralmente a sus contemporáneos, lo que le aísla y le amuralla en su soledad lúcida.

Diferente, radicalmente diferente su simultaneidad del *paralelismo* de Verlaine; sustancialmente diferente su insatisfacción de la *rebeldía* de Rimbaud. Ningún paralelismo establece vecindad o concordia entre el bien y el mal en el alma de Baudelaire. El bien y el mal no tienen nunca en él posiciones estables que nos permitan verles marchar por veredas fronterizas. Existen, se originan simultáneamente en su alma y si los efectos son alternos es porque sólo alternativamente pueden usurparse el instrumento de la palabra. No hay rebeldía en Baudelaire “Lorsqu’il cède à la tentation, lorsqu’il se jette pour un instant vers le mal, vers une volupté autre que celle du ciel, sait qu’il n’y trouvera ni salut ni rédemption, ni acte déificateur”. “Pas un instant il ne lui viendrait à l’esprit de retrouver *sa dignité perdue de fils du soleil* car il sait bien que cet état ne comporte aucune dignité. Et sans doute s’il avait connu la tentative de Rimbaud sa moquerie ne se serait-elle effacée que devant sa pitié.” “Au sein de sa faute même lorsqu’il a suivi Satan un lumière ne cesse pas de briller aux yeux de Baudelaire.

Un phare ironique infernal
Flambeau des grâces sataniques...
—La conscience dans le Mal!”

Su odio por Rousseau y por todos los que creyeron en la bondad natural del hombre afirma su *antipaganismo*, término que no significa oposición alguna a la cultura antigua —Jean Massin señala la necesidad de estudiar su platonismo, no muy explícito, y evidentemente ésta es una de las cosas que exigen más profundo y difícil estudio— sino sólo aversión a la irracionalidad, al *telurismo*, a la exaltación de las “legumes sanctifiés”.

Preciso es resumir: hay en Baudelaire un catolicismo manifiesto, confesado y en ningún caso desmentido por los puntos fundamentales de su pensamiento filosófico (con una búsqueda minuciosa se podría encontrar en su obra pequeñas contradicciones, infiltraciones de la época, siempre aisladas, nunca mantenidas por una teoría coherente, nunca iluminadas por una inspiración culminante). Hay un catolicismo vivido —Jean Massin alude a su deficiente formación religiosa, a su desconocimiento de los dogmas; sería preciso estudiar a este respecto la influencia de Mariette— un catolicismo que alienta en un flujo y reflujo de impulso y flaqueza y del que falta muchas veces, es cierto, aunque nos duela confesarlo, la idea de la Redención.

No quisiera añadir nada personal al comentario de este libro, quisiera hacer una reseña estricta y mostrar sólo con la mayor fidelidad lo que el libro demuestra, lo que el libro dice, o más bien clama, indicando esta vertiente, esta visión de la obra de Baudelaire, incontestablemente pura —pura hasta en su satanismo, que en ella no puede ser hollado por la torpe, obscena banalidad—, en la que las palabras “lis-moi, pour apprendre a m’aimer” cobran su sentido, todo su sentido, su único sentido.

Pero es el caso —insólito— que este libro me hace imaginar que a su autor puede agradarle alguna rectificación. Considerarse entre “les amis posthumes de Baudelaire” es sin duda objeto de orgullo para cualquiera, nunca de vanidad, pues los que hemos llegado a ello sabemos bien que no fué poniendo en juego nuestras luces intelectuales, sino, al contrario, profundizando en abismos de contrición cuyas estancias no he de revelar. ¿Quién podría ser tan humilde hoy día como para dar sólo un acento de pasión y no de desafío a esta estrofa?

“Soyez béni mon Dieu, qui donnez la Souffrance
Comme un divin remède à nos impuretés
Et comme la meilleure et la pure essence
Qui prépare les forts aux saintes voluptés...!”

En fin, los amigos póstumos de Baudelaire necesitamos a veces rectificar alguna hora de insomnio, y veo, sin miedo a error, que las páginas en que Jean Massin copia los párrafos de las cartas de Baudelaire a su madre, en las que parece traslucirse una duda desesperada, una duda descubierta sobre la existencia del Dios personal, no han sido escritas sin la contribución del desvelo y la angustia. Pero esas cartas, en mi opinión, no pueden nunca considerarse como documentos que atestigüen el pensamiento religioso de Baudelaire. Cuando Baudelaire arroja contra su madre: “Et Dieu! diras tu: Je desire de tout mon coeur (avec quelle sincérité personne ne peut le savoir que moi) croire que’un être extérieur et invisible s’intéresse à ma destinée, mais comment faire pour le croire?” No es la fe lo que le falta: sí acaso la caridad, necesaria para el perdón. ¿Cómo creer que ese párrafo delata un proceso espiritual? Más le conviene una ruda interpretación psicológica. No podrá querer decir ese párrafo; si tú, un ser *visible*, o más bien *que me ve*, y además *interior* a mi sangre, *te desentiendes de mi destino*, ¿cómo podré no vivir sin esperanza? Mucho más grave es el párrafo de la carta anterior, pero, si reflexionamos, tenemos que admitir que ese acongojado párrafo no es más que una opinión suya sobre sus oraciones, mientras que, en otras páginas libres de toda atmósfera pasional, tenemos sus oraciones mismas, y los que hemos descubierto a Baudelaire en ellas no podemos concebir que sobre esto ni él mismo se atreva a opinar.

Nos queda eso sí en su obra, y en su obra maestra, ese salto en el vacío, o ese vacío que intenta sorber a los que más se resistan al salto: “Enfer, ou Ciel qu’importe!” Pero, acaso un pecador no puede gritar otra cosa en momentos como aquel en que Israel, un justo, gritaba “¡Di tu nombre!” Sólo intento defenderle ante el Tribunal humano, pues es preciso que la rectificación sea general.

No puedo menos de aludir a su fórmula ético-estética, en dos de los puntos más importantes que Jean Massin señala: su profesión de fe en el dandysmo y su obsesión de la forma “¡Plastique! ¡Plastique...!” Clavar aquí el letrero de *ca-*

llejón sin salida, como Jean Massin propone allí donde aparezca el conflicto de la belleza y el bien, no me es posible, y acaso esto baste para clasificarme en esa arriesgada hermandad de los que profesan “un drôle de christianisme”, que son, seguramente, los que tienen su purgatorio en ese taller en el que el *hacer* y el *obrar* toman cuerpo.

Dont les formes et les couleurs
Gagnent le suffrage des Anges”.

No confunde Baudelaire en este admirable final de *La Raçon* “l’élaboration artistique et les perfectionnement moral”. Cuando dice en otra frase “Delacroix, lac de sang” supone que Delacroix se presentará un día ante el Tribunal Eterno con lo que hizo y que, en aquel color en el que los hombres no vieron más que belleza, los ángeles sabrán ver piedad.

También en la apariencia frívola del dandy podemos estar seguros de que buscaba un paradigma de superioridad trascendente. En su época, en medio “l’énorme Bêtise”, en su patria, que, tan querida, le asfixiaba a veces (“Je m’ennui en France, surtout parce que tout le monde y ressemble à Voltaire... Voltaire ou l’antipoète”), en su sociedad, donde puede decir de una mujer muy estimada: “Elle est tombée dans la démocratie comme un papillon dans la gelatine”, con el ideal del dandy encubre un ideal inconfesable, inconfesable por incomprensible, acaso para él mismo. Un ideal que con toda su trascendencia moral, y más que moral cristiana, síntesis y norma de lo que puede ser un destino masculino en la tierra y ante Dios, se conservó puro, libre de todo influjo social, en ciertos yacimientos donde hace tiempo que no llega el ojo humano, situados más abajo de los Pirineos: el caballero. Se había extendido el romanticismo tan moribundo hasta aquellas latitudes, que no había podido ni reanimarlo con su fuego ni destruirlo con sus ponzoñas.

Esto es lo que Baudelaire buscaba en el dandy porque esto y no el dandy es lo que él era.

Los puntos cardinales del caballero cristiano son: la fe

“Mon ame dans tes mains n’est pas un vain jouet
Et ta prudence est infinie”

El valor

“Je sais que la douleur est la noblesse unique”

El honor

“Pour n'être pas changés en bêtes”

la caridad

“A quiconque a perdu ce qui ne se retrouve
Jamais! Jamais! a ceux qui s'abreuvent de pleurs
Et tettent la Douleur comme une bonne louve”!...

El libro de Jean Massin no agota el tema, pero es tan extenso, tan intenso y tan complejo que en una nota no es posible estudiar de él más que una parte mínima. O más exactamente, no *me* es posible, pues sin duda entre nuestros universitarios habría muchos capaces de hacer un resumen, más ordenado y completo. Al intentarlo, sin más título que el de “ami postume de Baudelaire”, he creído mil veces sucumbir sin llevarlo a su término, pues cada vez que se vuelve una página sobre la vida de Baudelaire las emanaciones de su tormento ofuscan la razón y sólo queda conciencia para algo que no es juzgar ni deducir. “Il est difficile de parler de cela; on ne peut pas étudier l'accent d'une prière sans atteindre une âme au plus vif; et cela n'est tolérable qu'à la condition de prier soi-même.”

ROSA CHACEL

GUILLAUME APOLLINAIRE. *Su vida, su obra, las teorías del cubismo. (Estudio preliminar y páginas escogidas por Guillermo de Torre).* (Edit. Poseidon, 1946). —

Un fervor antiguo y sostenido ha dado origen al denso trabajo que Guillermo de Torre consagra a la obra y la gravitación artística de Apollinaire. Transpuesto ese luminoso pórtico, encuentra el lector las “Meditaciones Estéticas”, algunos poemas evocativos de pintores ilustres, cautivantes fragmentos novelescos, una asombrosa anticipación del superrealismo y otras celebradas páginas del poeta experimental y cosmopolita.

Su trayectoria estética es seguida por Guillermo de Torre con viva comprensión y justa simpatía. De su estudio se desprende esa tierna y grave emoción que suscita todo encuentro con un amigo de juventud. Tan vívida y tan radiante

fué la existencia de Apollinaire que es imposible proscribir del comentario esos imponderables tintes afectivos con que perdura en el recuerdo de sus fieles. No es fácil separar sus valores entrañables de ese encanto personal y ese jubiloso magisterio poético que hicieron del suyo un destino casi legendario. Guillermo de Torre, sin menoscabo de su antigua devoción, logra establecer ese arduo deslinde.

La poesía francesa ignora el tiempo y sus mudanzas; los elementos episódicos y circunstanciales no invaden sus calmosos dominios. En cambio, toda novela "representativa" de esa literatura se dirige a lo transitorio y diverso: refleja la evolución del gusto colectivo y los rasgos diferenciales de la época en que fué concebida. El género narrativo, no el poema, se identifica con "le vierge, le vivace et le bel aujourd'hui". Mientras la poesía exhuma leyendas y símbolos remotos, la narración ejerce imperio sobre el mundo inmediato.

El poema francés no accede al color local, pero lo rige una voluntad compensatoria que en Israel o en Grecia suele encontrar lo *pittoresque*, el brillante paramento. Ese decoro antiguo es el más acusado de sus rasgos. De las ficciones que los siglos tornaron imponentes, de las grandes y majestuosas caducidades, extrae su nobleza y su alimento. Quienes lo engendran saben que su reino es el reino de la ficción y, en consecuencia, no disimulan sus convenciones ni se esfuerzan por reemplazar con nuevos signos emocionales el prestigioso acervo formal heredado.

Poesía que tiende a la pureza y que, por lo común, no se incorpora las sustancias del presente —único tiempo real en que fulgura toda momentánea voluntad de vida— la que nace de Francia es fiel a su destino cuando recibe, no lo disímil y variable, no lo que proviene de una sensibilidad desligada, sino lo compartido y permanente.

Apollinaire es la excepción. Lo es por sus sacrificios a lo moderno, por el riesgoso colorido de sus creaciones, por esa liberal tendencia receptiva que lo apartó del elemento poético depurado, por el empeño que puso en la introducción de nuevos símbolos, por las disímiles y tumultuosas realidades que concurren a su obra, por su permanencia en la aventura y por otras dilecciones inusuales en Francia.

Baudelaire, Laforgue y Rimbaud también obedecen a una voluntad disidente; también recuperan, vívidos y directos, esas ardientes zonas de la realidad que la poesía, en vaivén secular, conquista y abandona.

Apollinaire, cuya devoción por lo legendario tiene dos altares, acude al

pasado sin rehusar las sugerencias de su época. En sus poemas se consuma el acuerdo profundo, la avenencia nupcial de lo mitológico y de lo moderno. Sirva de ejemplo su *Chanson du Mal-aimé*, cuyos versos lo muestran influído por Egipto y experto en mutaciones y alianzas inesperadas:

*Je suivis ce mauvais garçon
Qui sifflait mains dans les poches
Nous semblions entre les maisons
Onde ouverte de la Mer Rouge
Lui les Hébreux moi Pharaon*

*Soirs de Paris ivres du gin
Flambant de l'électricité
Les tramways feux verts sur l'échine
Musiquent au long des portées
De rails leur folie de machines*

Esa misma propensión ha originado las siguientes líneas arquetípicas: *La vie est variable aussi bien que l'Euripe. J'aime la grâce de cette rue industrielle. Ulysse que de jours pour rentrer dans Ithaque.* Este no es el único género de dualidades que anima su estilo; también el humorismo y la nostalgia suelen formar extrañas parejas poéticas. Por lo demás, creemos que ni los mitos remotos ni las máquinas modernas le han dado perduración en la memoria de los hombres. La obra que erigió con esas materias parece la más vulnerada por los incesantes latrocinios que comete el tiempo. En cambio, es firme la belleza de sus poemas confesionales y directos. Cuando deja de ser jefe de escuela literaria, cuando no se cree obligado a exaltar el honor jubiloso de Francia, cuando la presión social es mínima y puede contemplar su propio destino, Apollinaire escribe páginas que se cuentan entre las más hermosas de este siglo. Ellas dicen de un hombre piadoso, trémulo, desarmado, propenso a la evocación y capaz de verse, sobre el plano literario, como el héroe de los más dulces infortunios. En esos momentos, su poesía se puebla de resonancias dramáticas y trasluce una intimidad donde la ternura y sus vivos regalos tienen hospitalidad melodiosa.

Apollinaire, con afortunada soltura, trasladó a un registro patético las mismas

innovaciones que en el futurismo y otros círculos fragorosos se resolvían en alegre vehemencia y pomposo buen humor.

Guillermo de Torre formula juicios sagaces y justos sobre las antinomias de Apollinaire, que no considera profundas, pero en las cuales advierte un exterior desconcertante. Asimismo, las relaciona y somete al ambiente espiritual, a la época de transición que vivió el poeta.

Dijimos que los atributos de sus creaciones no son los característicos de la literatura francesa. Ciertamente que predicó el advenimiento del "arte puro", y es innegable que su obra no fué turbada por la sociología ni tuvo fines didácticos, pero los promiscuos elementos que la integran lo dicen más próximo al dato inmediato de origen sensorial que no a las invariables y límpidas normas racionales. Acaso pueda afirmarse que algunos momentos de su poesía comportan una negación involuntaria del arte abstracto, de las juiciosas construcciones cubistas. Su caligrama, su "poema-conversación", donde resuena la mágica diversidad de las grandes ciudades; su estrofa de naturaleza aluvional y conjuntiva, tan pródiga en frases sueltas, nos permiten admirar a un poeta prodigiosamente sensible a los estímulos del mundo externo. Subraya Guillermo de Torre esa liberal desenvoltura, esa posición estética realmente singular en Francia, y si bien su trabajo no tuvo por objetivo el análisis de estos rasgos, los trata con sobriedad y los define en función del origen, de la "raíz extranjera" de Apollinaire.

Tanto los ensayos sobre pintores cubistas como los fragmentos novelescos reunidos en este libro esclarecen a un hombre que vivió en estado de perenne receptividad y cuya abarcante simpatía orgánica, diremos así, lo proyectaba en todas direcciones. Dió expresión a un mundo heterogéneo y extrajo sus mejores efectos de una venturosa mezcla de géneros y estilos. Las transiciones violentas, los procedimientos acumulativos y la ausencia de largos "desarrollos" imprimen movimiento y gracia a su poesía.

Quienes se dieron a la tarea de estudiar las fuentes de Apollinaire han mencionado a Villon y Whitman; de modo incidental, a Milosz y Francis Jammes y, con erudición más severa, a la condesa de Noailles¹. Acierta de Torre al señalar la gravitación de Jarry, cuyo magisterio, por lo que sabemos, no había sido considerado con detención. Dice nuestro autor: "El joven poeta lo trató de

¹ Ese dudoso parentesco fué divulgado, con evidente intención despectiva, por Jean Cocteau. Muerto Apollinaire, le dedicó algunas páginas cordiales y justicieras.

cerca, sufriendo el influjo de aquel personaje extravagante, y asimilando algunos de sus rasgos: amor a lo absurdo y desmesurado, inclinación a la superchería bufonesca, a las crudezas de tipo rabelaisiano...

Los años hicieron de Apollinaire un simplificado campeón del arte nuevo. Muchas páginas de este libro, cuya oportunidad celebramos, permiten rectificar ese arbitrio esquemático y circulante. Es suya esta declaración apacible: "No nos consumiremos por asir el presente demasiado fugaz y que no puede ser, para el artista, más que la máscara de la muerte: la moda". Merece recordarse también, este pronunciamiento destinado a salvar la continuidad de los procesos culturales: "Si el arte pictórico puro llega a desprenderse enteramente de la antigua pintura, no causará necesariamente la desaparición de esta última, tal como el desarrollo de la música no ha causado la desaparición de los distintos géneros literarios y tal como la acritud del tabaco no ha reemplazado el sabor de los alimentos". A veces, suele corregir su sentimentalismo raigal con expresiones de esta índole: "Los artistas son, ante todo, hombres que quieren llegar a ser inhumanos".

Con encomiable lucidez y agudeza, Guillermo de Torre ha estudiado las potencias inventivas de esta compleja personalidad, como también la gravitación que ejerció sobre los más importantes movimientos artísticos de principios de siglo. Su trabajo, que participa de la exégesis y del homenaje, tiene la altitud del héroe literario que lo inspira.

CARLOS MASTRONARDI

Í N D I C E

	Pág.
Unir y separar, por <i>Francisco Romero</i>	7
Diálogo de la Diosa, por <i>Silvina Ocampo</i>	28
Cuatro años en París (fragmento), por <i>Victoria Kent</i>	32
Del Estío, por <i>J. R. Wilcock</i>	56

N O T A S

A propósito de la "Grandeza y servidumbre de la mujer", por <i>María Zambrano</i>	58
Itinerario de post-guerra, por <i>Mika Etchebehere</i>	68
LIBROS: Ezequiel Martínez Estrada: "Sarmiento", por <i>Francisco Ayala</i>	72
Gustave Doret: "Temps et contretemps", por <i>Daniel Devoto</i>	74
Giovanni Schiaparelli: "La astronomía en el Antiguo Testamento", Philipp Frank: "Entre la física y la filosofía", Emile Borel: "El azar", por <i>José Babini</i>	76
André Gide: "Thésée", por <i>Patricio Canto</i>	77
Jean Massin: "Baudelaire entre Dieu et Satan", por <i>Rosa Chacel</i>	81
Guillermo de Torre: "Guillaume Apollinaire", por <i>Carlos Mastronardi</i>	88

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 212.874.
Título de marca N° 229.356.*

ESTE CIENTO CINCUENTA NÚMERO DE "SUR"
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA QUINCE
DE ABRIL DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y SIETE EN LA
I M P R E N T A L Ó P E Z,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA